

EL PROTESTANTISMO.

Diálogo entre un párroco y un soldado
recientemente licenciado.



BUENOS AIRES.

Imprenta de MAYO, Calle de Belgrano N. 107.

1860.

Cap 405. a. 10.

EL PROTESTANTISMO.

DIÁLOGO ENTRE UN PÁRROCO Y UN SOLDADO
RECIENTEMENTE LICENCIADO.



BUENOS AIRES.

Imprenta de Mayo, calle del Perú N.º 170.

1859.

EL PROTESTANTISMO.

DIÁLOGO ENTRE UN PÁRROCO Y UN SOLDADO RECIENTEMENTE LICENCIADO.

—

SEÑOR PÁRROCO—Mucho me alegro de verte restituido á tu hogar? hay en él alguna novedad porque me parece que tu semblante no es muy alegre.

FEDERICO—Muchas gracias, señor Cura, por su bondad. Todos están buenos en casa, gracias a Dios, muy servidores de V. Yo soy el único que no estoy muy bueno, no digo de cuerpo, porque mi exterior me desmentiría, sino de alma, como V. me lo ha conocido de la cara.

P.—Esplicáte, Federico, pues ya sabes que de males de alma los curas somos los médicos.

F.—Eso es lo que me ha obligado á venir V. Ya sabe V. mejor que yo los muchos desatinos que, por necesidad, tiene que oír el que va por el mundo de nuestros dias. Es tanto lo que se habla de la religion católica y de sus mi-



nistros; se hacen, á lo que parece, tantos esfuerzos para destruirla y poner en su lugar el Protestantismo; se prodigan tantos elogios á este; y es tanto lo que se ponderan las ventajas que proporeiona á las naciones que lo adoptan, atribuyendo esclusivamente á él los progresos de la industria, comercio y marina, que han elevado la Inglaterra á ser la primera nacion del mundo, mientras que nosotros los americanos, empeñados siempre en ser católicos, no hacemos mas que languidecer y acabar de perdernos. Se pinta con tan vivos colores, que no hay mas medio que adoptar el Protestantismo para sacar nuestra pobre America del estado de postracion en que se halla, etc., etc., etc., que da horror por una parte, y por otra es una terrible tentacion.

P.—Mucha razon tienes en lo que dices. Prosigue.

F.—Por otra parte, ya sabe V., señor cura, que sé leer, y así en muchos periódicos, folletos y hojas volantes he leído tantas cosas y tan escandalosas, que casi es un milagro si no previniqué.

P.—Esplicáte, pues.

F.—Nada deseo, ni necesito tanto como espli-



carme. ¡Si V. supiera cuánto tiempo hace que estoy deseando tener una larga conferencia con V. que fué quien me bautizó y quien me hizo conocer á Dios! . . . Soy católico, como V. y mis padres me enseñaron, quiero continuar en serlo; pero quisiera que disipase V. un nublado de dudas que no me dejan sosegar y que tienen enferma mi pobre alma. Quisiera que me explicase V. primeramente, qué es eso de Protestantismo, cuál es su origen, su naturaleza y doctrinas; que me hablase de los primeros fundadores del Protestantismo, que me ponderaron como unos hombres muy grandes; de como se estableció, cuáles fueron sus primeros propagadores, y si es verdad que en todos los países protestantes se goza de tan perfecta libertad, y prospera todo tanto, como dicen; quisiera en fin llegar al conocimiento de esas cosas en cuanto soy capaz y quitar de sobre mi alma este peso que me agobia.

P.—Pobre Federico, la razon te sobra para tener el alma enferma; pero no te espantes: ten buen ánimo. Ya verás como, con la ayuda de Dios, todas tus dudas se disiparán como el humo. Espero que se te presentará clara la luz de la verdad, y respirará tu alma oprimida. Demá-

siado sé lo que dicen tantos desalmados, y lo que han escrito algunos periódicos en los que, mas que Lutero, parecia hablar el mismo Satanás. ¡Qué compasion tengo á la pobrecita gente sencilla, y que, como tú, no tienen mucha instruccion! Un grande favor me haces en proporcionarme ocasion de confundir á todos esos charlatanes insensatos, y es la mas benigna calificacion que puede aplicárseles, los cuales quisieran regalar á su patria la anarquia religiosa, como si no le bastasen las divisiones politicas y los infinitos males que la aquejan. Pero no es posible hablar de todo en un solo dia: hoy hablaremos únicamente del Protestantismo, y verás cuánto tengo que decirte sobre él; lo demás lo guardaremos para otro dia; pregunta todo lo que gustes.

1.

F.—Gracias, señor Cura; no esperaba menos de su mucha caridad de V. Mucho me place que no tratemos hoy de la Iglesia católica, dejando para otro dia este tan importante asunto, porque, como V. dice muy bien, tendremos muy de sobras con el Protestantismo. Sentémonos pues,

y sírvase V. decirme ¿qué quiere decir *Protestantismo*?

P.—Protestantismo quiere decir rebeldia de todas las sectas modernas de herejes contra la Iglesia católica, que es la única fundada por Jesucristo; ó lo que es igual, rebeldia de los hombres orgullosos contra Jesucristo, fundador de la misma Iglesia.

F.—¿Quién fué el primero que dió origen á esta rebeldia?

P.—Un fraile apostata Aleman, llamado Martin Lutero, que se llenó de ira porque el Papa Leon X concedió á los religiosos de santo Domingo, y no á la Orden de Lutero, la publicacion de las indulgencias que habia concedido á los que contribuyesen para los gastos de la edificacion del templo de San Pedro de Roma; bien que su corazon orgulloso parecia no buscar mas que un pretesto para romper con la Iglesia y hacerse un nombre tristemente famoso.

F.—¿En qué tiempo sucedió esto?

P.—Hacia el año de 1517, es decir á principios del siglo XVI, reinando en España el Emperador Carlos V.

F.—¿En qué manera pasó?

P.—De esta manera: el Papa Leon, cabe-

za visible de la Iglesia, condenó las doctrinas que Lutero predicaba contra las indulgencias y otros artículos de nuestra fé. Enfurecióse con esto Lutero, y auxiliado por algunos perversos camaradas, y protegido por Federico, Elector de Sajonia, se declaró en abierta rebelion, y con sus furibundios discursos arrastró consigo una porcion de gente. Asi comenzó el Protestantismo, que anunciándose con los falsos nombres de *Evangelio puro* y de *Reforma*, logró en poco tiempo trastornar á toda Europa.

F.—Pues á mi me han dicho que la causa del Protestantismo fueron los grandes abusos que por entonces se habian introducido en la Iglesia.

P.—No por cierto: pues si bien es verdad que efectivamente, desde mucho tiempo habia, y en varias partes se habian introducido grandes abusos, tanto en el clero secular como en el regular; no es menos cierto que la Iglesia los habia logrado estirpar muchos y disminuir otros, y que cada dia se iba perfeccionando mas y mas la reforma de las costumbres y de la disciplina, cuando se levantaron aquellos hombres rebeldes contra la Iglesia. Por consiguiente, no fueron los abusos la causa, sino el pretesto de que

se valió la rebeldia de los herejes. A mas de que es modo de reformar el rebelarse contra la Iglesia de Dios, destruir los fundamentos de la fé y poner la levadura que debia corromper las buenas costumbres?

F.—Hubo por entonces algunos mas que Lutero?

P.—Hubo tres principalmente que siguieron su mal ejemplo, y fueron: en Suiza Zwinglio, sacerdote y cura apóstata; en Francia Calvino, hombre tan famoso por sus liviandades, que hay motivos fundados para creer que fué marcado por ellos en la espalda con un hierro candente; y en Inglaterra el rey Enrique VIII, que se rebeló porque el Papa no le consintió divorciarse de su legitima esposa Da. Catalina, para casarse con Ana Bolena. Tales son los corifeos del Protestantismo; hombres que, al decir de uno mismo de los suyos, merecian todos el grillete.

II.

F.—Conozco ya el origen y los autores del Protestantismo; ¿me sabrà V. decir ahora en qué consiste el Protestantismo?

P. —Consiste en la plena y absoluta independencia de la razon de cada cual para creer y obrar lo que mas le acomoda en materias religiosas y de fé: ó en otros términos, en la libertad de exámen.

F. —¿Y qué es lo que los Protestantes piensan examinar con esta libertad?

P. —La Biblia, ó sea la coleccion de libros sagrados, que llamamos sagradas Escrituras, y comprenden el Viejo y Nuevo Testamento.

F. —Con qué, es decir, que la regla de fé para los Protestantes es la santa Biblia?

P. —Así lo dicen ellos; pero cada cual la interpreta como le acomoda, ó mejor, como á él le parece interpretarla, porque como han confesado algunos protestantes convertidos, lo que verdaderamente hacen, es esforzarse en hallar allí los errores que desde niños les enseñaron los ministros.

F. —¿Pueden saber de cierto los Protestantes de qué libros se compone la Biblia, si han sido inspirados por Dios, y si los conocemos tales como fueron escritos en su principio?

P. —No: ni lo saben, ni con su sistema es posible que lo sepan; pues al desechar la autoridad de la Iglesia, única que sabe todas esas co-

sas por revelacion del mismo Jesucristo, desechan el medio único de saberlas ellos.

F. —Pero, por mas que estén separados de la Iglesia, ¿qué inconveniente hay en que las sepan por ella? Pues, al fin y al cabo, ¿no han recibido ellos tambien de la Iglesia las sagradas Escrituras?

P. —Sí: pero como ellos entienden que la Iglesia puede errar en materias de fé, y aun llevan su temeridad hasta acusarla de haber efectivamente errado en muchos puntos, están incapacitados de saber si la Iglesia se ha equivocado ó no en lo que toca á este punto de los Libros sagrados, y si ha tomado por palabra de Dios lo que no era mas que invencion de los hombres. Y que esto sea así, lo responden los hechos mismos de los Protestantes, pues ya Lutero desechaba como falsos y apócrifos nada menos que siete libros enteros del Viejo Testamento y otros tantos del Nuevo; Zwinglo y Calvino, con sus respectivos sectarios, aunque reconocen como divinos todos los libros del Nuevo Testamento, desechan sin embargo siete del Viejo, que han sido declarados divinos por la Iglesia.

F. —A lo menos ¿no podrian los Protestantes, averiguar, con el auxilio de la critica, qué libros

son divinos y cuáles no son: al modo que se distingue con certidumbre entre los libros profanos, cuáles son de un autor y cuáles de otro?

P.— Está tan léjos de ser así, que precisamente por creer muchos protestantes que ninguna crítica del mundo es bastante para llegar á conocer con seguridad los Libros divinos, ha sido lo que principalmente les ha movido á tenerlos todos por falsos y apócrifos, y á excluir del cánón ó suma de los Libros sagrados á casi todos los de uno y otro Testamento, como son el *Pentateuco* de Moisés, el libro de Josué, el de Job, la profecía de Daniel, y otros semejantes; así como otros también han desechado el Evangelio de san Juan; otros el de san Mateo, san Marcos y san Lucas; y otros, en fin, las Cartas de san Pablo y de los demás apóstoles, como lo han hecho los racionalistas, esto es, los protestantes que no pertenecen á ninguna secta determinada, sino que campean cada cual según su antojo.

F.— Siendo así, los Protestantes no pueden tener ninguna fé.

P.— Así es puntualmente: no pueden tenerla por dos razones: la primera, porque no saben con certeza ni cuáles son los verdaderos libros de la Biblia, ni si son divinos; y la segun-

da, porque tampoco pueden asegurarse jamás del verdadero sentido de la Biblia, según la mente de Dios que la inspiró; pues este sentido, que no es posible sea más de uno, por ser la Biblia la escritura de la verdad, y no poder la verdad ser más de una, los Protestantes la interpretan cada cual según su antojo, en términos que muchas veces unos dan á la Biblia un sentido diverso y aun contrario del que le dan otros.

F.— ¿Que clase de libro es la Biblia que no puede uno leerla y entenderla sin maestro? Cuando uno escribe un libro v. g. *El arte del tintorero* cualquiera que entienda los términos entenderá lo que quiso decir el autor, pero según veo Dios no acertó á hablar tan claro como los hombres.

P. La Biblia es un libro moral y las verdades morales no son capaces de tal grado de demostración como las físicas. Nuestras leyes (que esta es la verdadera comparación y no el arte del tintorero) están escritas con el grado mayor de claridad posible y no por eso dejan de ocurrir cada día centenares de dudas sobre su verdadero sentido. Ahora figúrate tu que cada litigante tuviera facultad para entenderlas á su modo y que no hubiera tribunales que declarasen el verdadero sentido de esas leyes y dime

¿para que sirvan ellas?

F.—Entonces, ¿á qué viene ese empeño que tienen en repartir Biblias á los Católicos?

P.—Esta es una de las muchas añagazas de que se valen los Protestantes para embaucar á la gente sencilla. Como saben la fé que profesan los Católicos á las sagradas Escrituras, les dan Biblias truneadas ó alteradas allá á su manera, del propio modo que se dan juguetes á los niños para entretenerlos y engañarlos.

F.—De manera, señor Cura, que abrazar el Protestantismo es tanto como perder la fé?

P.—Así es justamente; hacerse protestante no es mas ni menos que renegar de la religion cristiana y negar la fé en la verdadera doctrina de Jesucristo, de los Apóstoles y de la Iglesia.

III.

F.—Digame V, ahora, ¿cuál es la doctrina del Protestantismo?

P.—Sino es imposible, es por lo menos muy difícil responderte á esta pregunta, pues la esencia del Protestantismo consiste en cambiar de doctrina todos los días, sin saber jamás hoy la que tendrá mañana, y cada cual de los secta-

rios profesa una propia suya, diferente de la de sus mismos correligionarios?

F.—De qué proviene esta variedad é inconstancia?

P.—De la naturaleza misma del Protestantismo; pues consistiendo este en la *libertad de exámen*, ó sea no depender nadie de autoridad alguna; cada cual de los Protestantes saca de su Biblia su fé, su doctrina y su religion particular, sin que nadie tenga derecho de impedirselo.

F.—¿Cómo puede ser eso, estando conformes todos los Protestantes en tener la Biblia como regla comun de fé?

P.—Muy fácilmente; porque como cada protestante se cree con plena libertad de interpretar la Biblia, segun le acomode, y de hacerle decir lo que á él se le antoja; la sagrada Escritura en manos de los Protestantes viene á ser como un eco, al cual cada uno hace responder ó repetir lo que le agrada.

F.—Pero, señor, me decian que los Protestantes tenian sus confesiones ó simbolos de fé comun.

P.—En efecto las tienen, y en abundancia por cierto, como la confesion de Ausburgo, la confesion Helvética, la confesion Galicana, la

confesion Anglicana compuesta de treinta y nueve artículos, la confesion de Ginebra, etc., etc. Pero esto mismo confirma cuanto llevamos dicho.

F.—Sirvase V. esplicarse con mas claridad.

P.—Lo haré, Federico, con mucho gusto. Cada una de estas confesiones es diferente de las demás, y tan diferente, que el que profesa una pertenece de hecho á diversa secta de la que otro profesa. Y no tan solo son diversas entre sí las sectas, sino que á veces son contrarias hasta el extremo de anatematizarse, esto es, de escomulgarse unas á otras, á pesar de que todas, segun dicen los Protestantes, tienen como regla comun de fé la misma Biblia, y todas presumen ser la verdadera espresion de las verdades contenidas en ella. Todos los fabricantes de confesiones ó símbolos han hecho hablar la Biblia á su manera, y cada cual quiere tener razon él solo.

F.—Pero al menos cada protestante estará obligado en conciencia á seguir la profesion de fé de su secta respectiva?

P.—Te equivocas; porque todo protestante, en virtud de la libertad de exámen, puede formarse con la Biblia en la mano otros artículos

diversos, y aun contrarios de los contenidos en la profesion de su secta, sin que nadie pueda obligarle á profesar un determinado simbolo de fé, sin conculcar la tan decantada libertad de exámen.

F.—Pues entonces, ¿de qué manera se han podido formar estos símbolos ó confesiones?

P.—Contradiendo absurdamente en la práctica el principio fundamental del Protestantismo. Porque, si todo protestante, en calidad de tal, no solamente puede, sino que debe formarse con la Biblia todos y cada uno de los artículos de su fé; y si puede hacerlo con entera independencia de toda autoridad, claro es que, sin manifiesta contradiccion, no puede admitir ninguna confesion de fé que sea obligatoria. Y esta razon cabalmente es la que ha movido á muchas sectas á abolir entre ellas todas estas confesiones de fé, como contrarias al espíritu del Protestantismo.

F.—Es decir que en el Protestantismo no podria hallarse jamás aquella unidad de fé que tanto recomiendan en la misma Biblia Jesucristo y sus Apóstoles?

P.—Estó claro que no: la unidad es imposible donde cada cual es dueño de creer lo que le

acomoda. Y esto es en tanto grado verdad, que al hablar de las sectas y de los individuos protestantes uno de sus mismos escritores modernos los compara á los pájaros, comenzando desde el buho, amigo de las tinieblas, hasta el águila, amiga del sol. “Todos estos pájaros, dice, presumiendo anidar en el gran árbol de la Biblia, graznan á su antojo, cual de una manera, cual de otra, formando una verdadera música infernal: uno grita que tal cosa es blanca, y el de mas allá dice de la misma, que es negra; otro jura que es encarnada, y el vecino perjura que es verde. Y ¡cosa admirable! todos lo hacen con la Biblia en la mano.”

F.—¡Es posible eso!

P.—No solo es posible, sino público, notorio y universal. Pregunta á dos protestantes si Jesucristo es Dios; y uno te dirá que sí, y otro que no; pregúntaselo á un tercero, y te responderá, que el Jesucristo real y positivo, de que nos habla el Evangelio, no ha existido siquiera, y que toda su historia es un *mito*, es decir, una pura fábula. Y esto que sucede con el artículo fundamental de la fé cristiana, es lo mismo que pasa respecto á todos los demás artículos del Sim-

bolo de los Apóstoles, desde el *Creo en Dios Padre*, hasta la *vida perdurable. Amen.*

F.—Si esto es así, el tal Protestantismo debe ser un verdadero Babel.

P.—Mucho peor todavía; pues además de ser una cosa sin piés ni cabeza, es un conjunto de doctrinas horribles en teoría, é inmorales en la práctica, tan injuriosas á Dios como al hombre, tan dañosas á la sociedad como contrarias al pudor y al buen sentido.

F.—Podrá V. probarme una acusacion tan atroz?

P.—Nada hay mas fácil. Basta hojear los libros que nos han dejado escritos Lutero, Zwinglio y Calvino, corifeos de los reformadores y fundadores del Protestantismo, para hallar en cada página blasfemias como las siguientes: “que Dios es autor del pecado; que Dios obliga al hombre á pecar para poder despues castigarlo; que Dios ha predestinado una gran parte de las almas para la eterna condenacion, sin prever para nada si se harán ó no acreedoras á ella; al contrario, que los elegidos no pueden condenarse por mas que pequen; que no se necesita vivir bien para salvarse, pues basta la fé sin obras, la cual es siempre grata á Dios, sean las

“que fueren las iniquidades que cometa el que la tiene; que el hombre, despues del pecado original, no es ya mas que una máquina, privada del libre albedrio; y por consiguiente, el bien y el mal que obra, los obra por una fuerza irresistible.” Yá estas atrocidades añaden: “que es lícito rebelarse contra los principes que se opongan á ellas, y que semejantes doctrinas son el puro *Evangelio*, etc.”

IV.

F.—Segun lo dicho, los protestantes no pueden perseguirnos ni hecharnos en cara que entendamos la biblia segun la entiende la iglesia.

P.—Así debería ser y así lo confiesan los mas pero estan muy lejos de practicarlo.

F.—Con semejantes doctrinas ¿cómo pudieron los jefes del Protestantismo hallar quien les siguiera?

P.—Con mucha facilidad. Promoviendoon tales doctrinas todas las pasiones del hombre, especialmente el orgullo, la concupiscencia y la codicia, tuvieron por discipulos á cuantos querian dar rienda suelta á estos apetitos. Y si bien lo miras, hallarás que, aun hoy mismo, los

pocos que dejan el Catholicismo para hacerse protestantes están muy léjos de ser gente de bien.

F.—Digame V., pues, ¿quiénes fueron los primeros discipulos y propagadores de la llamada *Reforma*, ó sea Protestantismo?

P.—Fueron gente toda que se parecia á sus maestros. El apóstata Lutero, que tuvo por mujer á una monja, llamada Catalina Bora, tuvo por primeros discipulos á Carlostadio, Melancthon, Langio y otros tales, flor y nata de la gente perdida. Carlostadio, fué tambien apóstata, y tomó igualmente mujer. Melancthon fué un hipócrita, impostor, cruel, blasfemo y supersticioso; Langio fué un fraile apóstata, como Lutero, y tuvo tambien su manceba; y así puedes discurrir de los demás.

F.—Y los primeros discipulos de Zwinglio, ¿quiénes fueron?

P.—El mas famoso de todos fué Ecolampadio, que habia sido monje, el cual tomó por mujer á una religiosa; y despues de haber diseminado la herejia en una gran parte de la Suiza, fué hallado muerto junto á su mal llamada esposa.

F.—¿Y los primeros discipulos de Calvino?

P.—Fueron Bucero y Beza. Bucero fué un fraile apóstata, el cual, siguiendo la costumbre de los demás, también tomó su manceba: unas veces seguía las doctrinas de Lutero, otras las de Calvino, otras las de Zwinglio, según lo que más cuenta le tenía, y difundió las más infames doctrinas. Beza fué un disoluto tan escandaloso, que puso en verso sus liviandades para corromper á la juventud; además fué un impostor y descarado falsificador de la Biblia.

F.—¿Y fueron por este estilo los sucesores de gente tan *santa*?

P.—Poco más ó menos: en su mayor parte fueron gente codiciosa de mancebas, de riquezas y de cargos de cada nuevo secta. Casi todos acabaron tan *santamente* como sus maestros; pues unos murieron atormentados por los remordimientos, otros en una desesperación espantosa, y algunos se suicidaron después de haber llevado una vida miserable y desesperada.

F.—Me ha dicho V. que estos discípulos acabaron como sus maestros; ¿y cuál fué el fin de los maestros?

P.—El más desastrado, y cual debía ser el de tan descarados enemigos de Dios y de su Iglesia. Lutero, después de haber pasado todo su

último día en Islebia, su patria, entre la broma y liviandades de una espléndida orgia, murió por la noche, de un accidente apoplético tan repentino, que ni aun tiempo le dió para encomendarse á Dios. Zwinglio, habiendo profetizado á los suyos la victoria, cuando iban á dar batalla contra los Católicos, fué derrotado con toda su gente y mortalmente herido, de cuyas resultas espiró impenitente en el mismo campo de batalla. Calvino, por último, murió desesperado, blasfemando é invocando al demonio, víctima de una enfermedad vergonzosa y roído de gusanos.

F.—Verdaderamente no ha sido muy noble, que digamos, la cuna del Protestantismo.

P.—Ya ves; un verdadero rebaño de Epicuro bajo todos aspectos. Los Protestantes, sea cual fuere su secta y su color, tienen sobrados motivos para avergonzarse cuando vuelven los ojos á sus primeros apóstoles.

F.—Pero, ¿y es posible que sean verdaderas las cosas que V. acaba de contarme?

P.—Puedes estar muy persuadido de que todo lo dicho no llega de mucho á la verdad; y te aseguro que, por temor de exagerar, he puesto especial cuidado en disminuir las tintas de

mi pintura, pues el cuadro que la historia nos ofrece del origen del Protestantismo es infinitamente mas negro de lo que te lo he presentado. Nada te he dicho que no esté fielmente tomado, no ya de escritores católicos, sino de los mismos Protestantes; y no pondrá en ello duda, ni mucho menos lo negará, cualquiera que haya leído las crónicas de la mal llamada *Reforma*.

V.

F.—¿Cómo han podido difundirse y establecerse en tan gran parte de la Europa una doctrina y prácticas tan infames?

P.—No es obra difícil explicarlo. También la religion mahometana se estableció en poco tiempo y en dilatadas regiones. Una religion como la de los Protestantes, que favorece y lisonjea en tanta manera las pasiones, no tiene mucho que predicar para convertir en ciudades y aldeas á gente bien dispuesta para abrazarla con ansia, es decir, á los perdidos y bribones, que siempre se crían en todas partes. ¿Les ha costado mucho á los socialistas, que predicán el robo y la apropiación de los bienes del prójimo, hacerse con tan considerable número de seguidores, co-

mo acaban de probarnos los incendios y últimos trastornos de España Francia é Italia? A estos han de agregarse los vanidosos filosofastros, é insípidos eruditos, formados por una instrucción literaria muy superficial, mas gentil que cristiana, ansiosos de fama y mal avenidos con todo freno; los cuales hilvanando en sus cerebros vacíos una mala teología, tenían además la desgracia de vivir en un siglo en que todo el mundo era idólatra de lo nuevo.

F.—Aun siendo así como V. dice, no parece probable que tal gente hubiese logrado establecer el Protestantismo en tantos pueblos, si no hubieran sido auxiliados por los magnates y príncipes.

P. — Así fué en efecto, que muchos magnates y príncipes ingresaron en las filas de la herejía.

F.—¿Qué causas pudieron moverles á estos?

P.—Fueron varias las causas: una gran parte de ellos se dejaron llevar por la codicia, y deseosos de participar de los bienes eclesiásticos, de los cuales deseaban mucho apoderarse los Príncipes. El oro, la plata y las piedras preciosas de los templos y altares fueron para muchos príncipes el único sermón que les convir-

tió al Protestantismo. Otros vieron con gusto la vida licenciosa que les concedía el nuevo Evangelio, y les agradaba en gran manera el que este les dispensase de abstinencias, ayunos y toda mortificación. Sabido es que los primeros magnates y príncipes que favorecieron la llamada *Reforma* se señalaron, especialmente en Alemania, por su glotonería, por sus borracheras y su libertinaje. Los ministros protestantes con su manga ancha autorizaron á varios príncipes á repudiar á sus legítimas mujeres para tomar otras nuevas. Otros, por fin, fueron arrastrados á la herejía por el cebo de la potestad que se les otorgaba sobre las cosas espirituales, con la cual se proponían dominar no solamente los cuerpos, sino también las almas y conciencias de sus súbditos, que es la más horrida de las tiranías, y que ejercieron en grande, bajo el título de *libertad evangélica*.

F.—Y ¿cómo se componían los príncipes y magnates para hacer que sus súbditos abrazasen aquel evangelio nuevo?

P.—Empezaron por levantar hasta las nubes el principio de libertad de conciencia y la tolerancia de *opiniones*, para lo cual alentaban de todas maneras á los ministros del nuevo Evan-

gelio, dejándoles predicar, robar los templos á los Católicos, y blasfemar en ellos contra la religión católica y el Papa. Hecho esto, pasaron ya á perseguir y desterrar como á rebeldes é imprudentes á cualesquiera obispos y eclesiásticos celosos, que se oponían á las novedades de los herejes, mientras que por bajo de cuerda favorecían las demostraciones con que los novadores trataban de amedrentar á los buenos, de impedir la predicación de la fé católica, y de interrumpir las funciones de su culto público. Entre tanto no se descuidaban de tachar de *oscurantistas*, y de enemigos de las luces y del progreso á los que se mantenían firmes en la fé de sus padres. Últimamente cuando con todos estos medios hubieron logrado formar un partido bastante numeroso, arrojaron la máscara con que hasta entonces se habían presentado, como fervorosos defensores del Catolicismo, *bien entendido y no fanático*, como ellos decían, y recurrieron á los argumentos de Mahoma, es decir, á las persecuciones y á los suplicios.

F.—¿No hubo algunos príncipes que al principio se negaron á abrazar la herejía?

P.—Sí, los hubo; pero tuvieron que sucumbir ante las amenazas y las rebeliones. Los malva-

dos son siempre y en todas partes mas atrevidos, mas bulliciosos y emprendedores que los hombres de bien; para ellos todo medio es bueno, con tal que sirva á sus fines. Como son aventureros audaces y resueltos, forman sus planes en las tinieblas, y desde allí excitan tumultos, lanzan amenazas, y asesinan traidoramente á cuantos les estorban, y exagerando su número y su fuerza, logran asustar é intimidar á la gente. Pues bien, esta clase de sujetos que hoy como antes son los niños mimados del Protestantismo en todas partes, inclusa América, fueron los encargados de amolinar á las turbas contra los principes que se resistian á admitir la *Reforma*. Donde aquellos sicarios pudieron triunfar, los buenos principes tuvieron que salvarse con la huida; mas donde fueron escarmentados, no faltaron gallitos protestantes que salieron gritando contra la oprobiosa intolerancia de los Gobiernos, y reclamando los fueros *santos* de la conciencia, y la inviolabilidad de las *convicciones*, con toda la demás palabrería usada en tales casos; hasta que á fuerza de gritar, en algunos Estados obtuvieron concesiones, tolerancia y miramientos criminales. Por de pronto esto ya les bastó, esperando sazon mas oportuna para renovar sus tentativas,

apoderarse del gobierno, y ejercer contra los Católicos la mas espantosa tiranía y las crueldades mas inauditas.

F.—Segun veo, el tal *Evangelio puro*, ó sea la *Reforma*, se ha establecido en todas partes por fuerza y por engaño.

P.—Claro está; ni ¿cómo pudiera ser de otro modo? Así es como se ha establecido en todos los países donde ha llegado á dominar: y bien se puede desafiar á todos los Protestantes del mundo á que prueben lo contrario.

F.—Pero ¿qué hacian los buenos entre tanto?

P.—Lo que han hecho siempre y hacen todavía: dejar á los picaros tomar la delantera, y no hacer caso de la tempestad que va echándoseles encima, hasta que ya no hay remedio. Tres clases hay de los que llaman buenos: 1.º los que se llama así porque para nada sirven ni para el bien, ni para el mal, es decir, los *ineptos*; 2.º los indiferentes al bien y al mal, y que para nada se alteran mientras á ellos no les tocan el pelo de la ropa, es decir los *egoistas*; 3.º prudentes segun la carne, los que se dicen del *dejar andar*, *dejar hacer*, que la echan de graves y mesurados, porque tienen cauterizado el corazón, y en su orgullosa indolencia creen y llaman exageracion to-

do lo que no es transigir con el mal; estos son los *hábilés* ó *políticos*. Otros hay por fin, que comprenden el bien y desean hacerlo, que detestan el mal y quisieran reprimirlo, que son verdaderamente buenos y celosos por la causa de la Religión y del procomún; pero á quienes falta valor y energía para resistir á las alharacas, á las reconvenciones, y á los desdenes, y aun á la malevolencia de los *hábilés*, de los *egoístas* y de los *ineptos*, que los motejan de *exagerados*, de *imprudentes*, de *perturbadores*, de *seudocelosos*. Entre tanto los malvados y los cuocos hacen su negocio, toman la delantera, y cuando ya consiguen no dejar títere con cabeza, todos aquellos *buenos* gimen y lloran diciendo: ¿quién había de pensarlo? pero sin poder ya remediar cosa alguna.

F.—Diga V.: ¿hay algo de esto por acá en América.

P.—Me asombro de tu pregunta. pasemos adelante.

F.—Por lo que veo, el Protestantismo, ó sea el *Evangelio puro*, de ningún modo se ha propagado como el Cristianismo, ó sea el *Evangelio de Jesucristo*?

P.—Seguramente que no: el Cristianismo, ó sea el verdadero *Evangelio de Jesucristo*, es una

religion divina, bajada del cielo, y como tal debía propagarse de una manera digna de Dios; mientras que el Protestantismo, ó sea el mal llamado *Evangelio puro*, es una religion meramente humana, terrena y aun carnal; y como tal debía propagarse por medios meramente humanos, terrenos y carnales. Y como se ha propagado, así se sostiene, es decir sobre puntales perecederos; en cuanto estos flaquean, se viene á tierra el Protestantismo.

F.—¿Habrán de ser forzosamente malos y revoltosos todos los Protestantes?

P.—Eso no; el decir esto seria falsedad y calumnia, pues por mas que una mala cimiento no pueda producir buen fruto, al cabo hay muchos protestantes, en particular la clase mas numerosa del pueblo, que ingoran la sentina en que los pobres están metidos. Esta gran parte del pueblo, especialmente artesanos y labradores, que jamás supieron qué cosa era el *nuevo Evangelio*, ni aquella iglesia, que se les predicaba como reformada, siguieron de buena fé, y conservaron como tradicionalmente el fondo y la doctrina católica; estos sin duda tuvieron siempre, y siguen teniendo cierta probidad, apesar de su protestantismo, porque no conocen las corruptoras

máximas de la herejía. A mas de que, has de estar bien persuadido de que los hombres no adoptan siempre las malas consecuencias de los principios que prohijaron.

VI.

F.—Los protestantes, que con tanto empeño invocaron en un principio la libertad de conciencia y la tolerancia, ¿seguramente la habrán practicado despues ellos para con los Católicos?

P.—Ni por pienso: siempre ha sido la misma la conducta de los sectarios: al principio, mientras son débiles todavía, invocan la libertad de conciencia, piden que se respeten sus convicciones, y si alguien piensa en reprimir sus excesos, ponen el grito en el cielo, protestando de la violencia que dicen se hace contra lo que les es mas caro, contra sus *inocentes opiniones* (que lo son tanto como las uñas del tigre y los dientes del lobo,) y tachan de opresores y tiranos á cuantos osan contradecirles. Pero no bien pueden levantar un poco el gallo, se revuelven como fieras contra los Católicos, para confiscar sus bienes, proscribirlos y matarlos.

F.—¿Qué responden los Protestantes cuando los Católicos á su vez reclaman tolerancia?

P.—Su costumbre es de responder solo con burlas, escarnios é insultos: entre tanto, siguen impertérritos su sistema de bárbara persecucion, aumentan cada vez mas el peso de su tiranía y dejan gritar al que grita, y llorar al que llora, sin darse por entendidos.

F.—Pero á lo menos se habrán abstenido de ensangrentarse con los católicos fieles á la religion de sus padres?

P.—¿Qué dices? . . . Los emperadores paganos mas bárbaros y crueles fueron elementos y humanos, si se compara lo que hicieron contra los cristianos de su tiempo con las atrocidades que han cometido los Protestantes contra los pobres católicos, fieles á su Dios y á su fé, sin que se conozca género de tormento ni de suplicio que no hayan empleado contra ellos, como son los garfios, las hogueras, las ruedas, las cuerdas y todas las maneras conocidas de martirizar la carne y el espíritu, y esto sin perdonar ni aun á las mujeres y niños. Establecieron tremendas inquisiciones para descubrir á los sacerdotes y religiosos que hubiesen quedado escondidos, muy peores sin comparacion que todo cuanto finjen para desa-

creditar la Inquisición de España, y en algunos países se impuso pena de muerte contra todo sacerdote que hubiese pasado una noche en cualquier punto del territorio protestante.

F.—Pero, Sr. Cura, parece imposible tanto fanatismo; está V. bien seguro de no exagerar en nada?

P.—De lo que estoy bien seguro es de haberte dicho mucho menos de lo que realmente ha pasado. Los hechos que te refiero son notorios, incuestionables, y comprobados además por el testimonio de los mismos protestantes. Basta leer las inauditas crueldades cometidas por los luteranos en Alemania, Suecia, Dinamarca, Noruega é Islandia; por los Hugonotes ó Calvinistas en Francia y en Holanda; por los Zwinglianos en Berna, Zurich, Ginebra, y demás cantones suizos; y últimamente y sobre todo por los Anglicanos en Inglaterra, Escocia é Irlanda.

F.—Está muy bien; pero todo esto habrá sucedido en el primer arranque del Protestantismo: después ya habrá sido otra cosa?

P.—Después han continuado las persecuciones sin cesar hasta nuestros días. Países Protestantes han habido, como Inglaterra por ejemplo, donde han estado en vigor durante más de dos

siglos las penas de muerte contra los católicos; y aun hoy mismo todavía en Berna, en Suecia y Dinamarca están vigentes las leyes de confiscación y destierro contra cualquiera que se haga católico. En algunos principados de Alemania se obliga, bajo durísimas penas, á los matrimonios mixtos, es decir, de protestante con católica ó al revés, á educar á sus hijos en la religión protestante, y á no darles sino maestros protestantes. En los Estados Unidos de América hay sociedades, clubs y hasta Gobiernos, juramentados para perseguir al Catolicismo y á los católicos con toda clase de intimidaciones, de molestias, de injurias, de vejaciones y hasta de sangrientas violencias. En la pobre Irlanda es tal la intolerancia de los protestantes ingleses, que causa horror el relato de las emigraciones, de las hambres y miserias que los desgraciados católicos irlandeses tienen que sufrir. Todo esto, y mucho más, se sigue aun hoy día poniendo en juego para hacer apostatar á los Católicos, y para impedir que se conviertan los Protestantes.

F.—Pero los Gobiernos protestantes habrán disminuido mucho estas persecuciones?

P.—Si, las han disminuido mucho, en cuanto ya no ahorcan, ni descuartizan á los Católicos,

como lo hacian poco tiempo há, porque nuestro siglo no consiente ya semejantes barbaridades. Pero, fuera de esto, siguen como antes, sustituyendo la astucia á las violencias manifiestas; y si es cierto que han hecho algunas concesiones, no ha sido espontánea y gratuitamente, sino apremiados por la necesidad, y en fuerza de exigirlo así la combinacion de los negocios políticos.

F.—¿No es, pues, verdad que muchos Gobiernos protestantes han otorgado á los Católicos lo que se llama la *emancipacion*, y todos los derechos civiles como á los Protestantes?

P.—Si: lo han hecho por las razones que acabamos de decir. Pero con toda esa emancipacion, palabra que recordará eternamente las crueldades ejercidas con los Católicos, y toda esa igualacion de derechos civiles, la verdad es que en los países protestantes no gozan los Católicos de verdadera libertad, pues ni sus Obispos, ni sus párrocos, ni los demás eclesiásticos ejercen libre y desembarazadamente su ministerio; solo los Protestantes son admitidos á los cargos y empleos públicos; ellos solos pueden ser maestros de la juventud; y finalmente, en los países protestantes, regidos constitucionalmente, se hace todo lo posible para escluir de las Cámaras á los Cató-

licos. En resumen, no hay molestia que no se les cause.

F.—Y los particulares ¿tienen esta misma conducta con los Católicos?

P.—Aquellos protestantes honrados y naturalmente buenos, que están en el Protestantismo, digámoslo así, sin querer, y por haber tenido la desgracia de nacer en él, no hay duda que desaprueban la conducta desleal de sus Gobiernos, y compadecen á los Católicos, tan maltratados por ellos; pero los que son protestantes por principios, y con el deliberado propósito de oponerse á la Iglesia católica, son de la peor pasta imaginable, pues no cesan de alimentar los odios inveterados, y de asociarse y confabularse para molestar á los Católicos y privarlos de empleos, de trabajo, de comercio, de servicio, y aun de pan les privarian, si les fuese posible: esto lo han hecho siempre, y esto mismo continuan haciendo en Alemania, en Holanda, en las Islas Británicas, en Suiza y en los Estados- Unidos, como acabo de decir.

F.—¿Qué razon les mueve principalmente á una conducta tan desleal é inhumana?

P.—La razon es que, no teniendo el Protestantismo la fé verdadera tampoco tienen la ver-

dadera caridad. El odio es el alimento del Protestantismo; el odio es el que le da ser y espíritu: y consiste en que el error no puede sufrir la verdad, y por esto no sufre á los que la profesan, y los persigue por instinto.

VII.

F.—¿Quiénes son los actuales amigos y protectores del Protestantismo en América?

P.—Son varios y de distinto linage y catadura. Sin contar los demagogos y revoltosos de toda especie, y ademas los afiliados en las sociedades secretas, los cuales aqui, que somos católicos, se van todos con el Protestantismo para minar el terreno á los Papas y á los Gobiernos, los mas fervientes partidarios de la *Reforma* y del *Evangelio puro* comunmente son los malos católicos, verdadera hez de la sociedad por su impudor, por sus vicios y por su carencia de todo género de religion.

F.—¿Hay muchos de estos por acá?

P.—Segun y conforme: son muchos, si se tiene en cuenta que habrá pocas ciudades ni villas, ni aldeas donde no haya agentes directos de la propaganda protestante, ú holgazanes desdi-

chados que cooperan, sin saber lo que se hacen, á las intenciones y proyectos de los círculos propagandistas. Pero, gracias á Dios, son todavía bien escasos é insignificantes, si se les compara á la masa general del pueblo si se tiene en cuenta que, por lo comun, son gente de malos pensamientos y peores costumbres, que á voces van mostrando el demonio á quien sirven.

F.—¿Y no hay algunos de estos agentes que son hombres de ciencia, de probidad y honradez?

P.—Si los creemos á ellos, son por su sabiduría unos Salomones, y por sus virtudes Angeles en forma humana. Con un lenguaje hueco y entonado, á lo mejor te dejarán aplastado con media docena de palabrotas estranjerizas y retumbantes, y con unas cuantas sentencias que te echarán con mucha gravedad, ó con aire muy compungido, sobre los abusos de la Religion, y las patrañas de los curas, etc., etc. Pero tú procura averiguar lo que realmente son, y lo que realmente saben en materias de religion, y á las pocas palabras te hallarás con que no saben una jota del Catolicismo que combaten, ni del Protestantismo que quieren propagar. En cuanto á su vida y costumbres, no te diré que te metas á ave-

riguarlas, porque un cristiano no debe ocuparse en averiguar vidas ajenas; pero sin que tú lo busques pronto llegarás á saber demasiado de sus procederes, para comprender que son, ó unos viciosos sin vergüenza, ó unos hipócritas de lo mas fino.

F.—¿Y á quiénes se dirigen principalmente estos tales para meterlos en el Protestantismo?

P.—Comunmente verás que se dirigen con preferencia á la gente mas perdida, mas irreligiosa, y sobre todo mas deshonesta, del punto en que fijan sus redes, convencidos de que esta es la caza mas preciosa que pueden hacer. Los verás andar como perros hambrientos á la husma de algun poco de carne podrida, que nunca falta donde hay hombres, y en cuanto dan con ella, se echan encima con hambre verdaderamente canina para devorarla.

F.—¿He oido decir que estos apóstoles de nuevo cuño tienen particular empeño en seducir á la juventud?

P.—Y te han dicho la verdad: la juventud es en todas partes especialísimo objeto de su diabólico apostolado, porque saben cuán fácil es apoderarse de muchachos sin esperiencia, que tienen la sangre caliente, que son ligeros de cascos, y es-

puestos al embate de las primeras pasiones. Por eso atisban y hacen cuanto pueden para pescar en sus redes á los niños y niñas, y adultos, inculcándoles poco á poco máximas de corrupcion y con el cebo de los vicios, de manera que las pobres criaturas se hallan perdidas antes quizás que sus mismos padres lo conozcan.

F.—¿Qué señal suelen dar de si los desventurados jóvenes de esta manera seducidos?

P.—En su casa son desabridos con la familia, desobedientes á sus padres, y sin respeto á sus mayores. En público son jactanciosos y vanos, presumidos de su persona, pasean su mirada insolente por calles y plazas, y tratan con desprecio á los que no creen iniciados en los *profundos* misterios que ellos. En los colegios y escuelas suelen ser pedantes, insufribles, desaplicados y discolos, azote de sus maestros, y escándalo de sus discípulos. En las iglesias, si es que se *dignan* ir á ellas, hacen gala de posturas indecentes y cometen irreverencias de todas clases. Suelen echarla de hombres ya muy duchos, causados del mundo, y con desden se burlan y menosprecian todo cuanto eternamente han respetado las gentes honradas. En una palabra, muestran por defuera lo que son por dentro, y dan el fruto que la semilla ponzoño-

sa sembrada en sus entendimientos y corazones acostumbra dar.

F.—Qué porvenir puede prometerse la sociedad de semejantes pimpollos?

P.—Bueno, ninguno; al contrario, debe temer de ellos todo género de calamidades: no podran menos de ser unos ciudadanos revoltosos, prontos siempre á toda novedad, fautores natos de todo motin, libertinos cuando jóvenes, ambiciosos sin conciencia ni entrañas en su edad viril, egoistas y avaros en su edad madura, ateos sin remordimiento y asquerosos sibaritas en la vejez; doncellas sin pudor, madres de familia desalmadas y sin entrañas, corrompidas cuando jóvenes, corruptoras cuando viejas.

F.—¡Qué horror! ¿Es decir, que el tal *Evangelio puro* es la escuela de toda inmoralidad, y la sentina de todas las calamidades religiosas, domésticas y políticas?

P.—Lo has adivinado del todo, hijo mio; ni mas ni menos que lo que has dicho. Este *Evangelio puro*, como le llaman, ó sea el Protestantismo, no es mas que la irreligion y el libertinaje disfrazadós con palabras melosas; es el azote mas tremendo que aflige á la humanidad: por él caminan las sociedades á la anarquia y á la disolucion;

y él es el que siempre y en todo lugar ha franqueado las puertas al despotismo mas tiránico y vergonzoso.

VIII.

F.—¿Qué fines se proponen estos fautores del Protestantismo al darse tanta prisa en propagarlo y difundirlo? ¿Es por ventura porque deseen mayor pureza de religion?

P.—Eso es lo que ellos dicen, y por eso presentan sus patrañas con los nombres seductores de *religion reformada*, de *Evangelio puro*, de *Cristianismo primitivo*; pero, figúrate lo que le importará la Religion á semejante turba. Lo q'ellos pretenden con todas estas alharacas, es encubrir sus maldades y dar paso franco á las innovaciones políticas que se proponen introducir. Como en Inglaterra se valen de las sectas disidentes; así el Protestantismo en sus manos no es mas que un medio para meter en América la irreligion y el desenfreno, el libertinaje y la incredulidad, y en resumen el *Comunismo* y *Socialismo*.

F.—¿Qué es eso de *Comunismo* y *Socialismo*?

P.—Suelen tomarse estas dos palabras en un

mismo sentido; pero no deben confundirse, pues significan cosa muy distinta una de otra, y cada cual tiene sus sectarios respectivos. La razon de confundirse estas dos palabras, es que una y otra significan sistemas encaminados á la ruina de la sociedad, de la Religion y de la moral. El *Comunismo*, tomado en toda la estension de su significado, es una teoria ó doctrina que enseña que todos los bienes morales y materiales deben ser comunes á todos los ciudadanos, cualquiera que sea el título con que los posean. Por consiguiente, que á todos en comun pertenece la soberania, las mujeres, las tierras, las casas, el comercio, la industria, los talentos, los derechos de paz y de guerra, en resúmen, todo. Segun esta doctrina, todo lo que hay en América, en todas partes, es tan de todos como el aire y como el sol.

F.—¿Eso es decir, que nada de cuanto tenemos y poseemos es nuestro? ¿ni aun nuestra cama, ni nuestra mujer, ni aun nuestro mismo entendimiento?

P.—Cabalito: la tal doctrina es, ni mas ni menos, la disolucion de la familia y de la sociedad, el trastorno completo de la moral y de las costumbres, la destruccion radical de lo que se llama derecho, y la negacion absoluta de toda religion es,

para que lo entiendas, el estado salvaje elevado á un grado de barbarie inaudito hasta hoy en los anales de la humanidad: es la igualdad y la fraternidad de las bestias; y peor todavía, porque las bestias al menos tienen un instinto al que obedecen, mientras que en la brutal doctrina comunista no habria otra regla que seguir en sociedad mas que las pasiones, principalmente el interes de cada cual, y el desenfreno de los sentidos.

F.—¡Vaya! vaya! V. me está contando un cuento, no es posible que nadie enseñe eso.

P.—¿Cómo no? pues, sábetelo, hijo mio, que todas estas barbaridades enseñan muy formalmente y por principios en libros, en cátedras, en proclamas y en periódicos; y lo que mas es, que hasta se ha intentado y se intenta todavía ponerlo en práctica en algunos países.

F.—A ver, á ver; ¿cómo y cuándo ha sido eso?

P.—En los tiempos pasados y en los presentes. En los tiempos pasados hubo unos revolucionarios llamados *Anabaptistas*, hijos primogénitos del *Evangelio puro*, ó sea del Protestantismo, que predicando y queriendo poner en práctica el Comunismo en Alemania, Suiza, Moravia y en los Países Bajos durante la primera mitad del siglo

XVI, lograron que los vasallos se rebelaran contra sus príncipes y soberanos, y destrozando á cuantos no participaban de sus proyectos y obras, sus cabecillas llegaron á hacerse déspotas tiranos, mas feroces y sangrientos que el mismo Neron. Estas turbulencias costaron la vida á mas de cien mil almas.

F.—¿Y en los tiempos presentes, dice V. que tambien ha habido algo de esto?

P.—No ha habido tanto como en los pasados, porque los comunistas no han logrado triunfar; pero por las muestras que de si han dado en los primeros disturbios del año 1848 en Italia, Francia, Suiza y Hungría, se puede juzgar lo que harían si llegasen á dominar; pues sus hazañas de entonces han sido el saqueo de las iglesias y casas religiosas; estragos horrorosos, bandas organizadas de asesinos armados de puñales contra los pudientes y hombres honrados, incendios en campos y ciudades, en fin, todo género de horrores. ¿Y qué crees tú que querían regalar los incendiarios de Valladolid, por no citarte otros ejemplos tan recientes como este?

F.—A pesar de esto, me parece que nunca habrían llegado á renovar las atrocidades de los fanáticos *Anabaptistas*.

P.—¿Qué no? Los hubieran sobrepujado mucho, pues los Anabaptistas al fin y al cabo respetaban las nociones de Dios y de la inmortalidad del alma, creían en las recompensas y penas de la otra vida, admitían la revelación cristiana, se atenían en algo al Evangelio, y no habían sacudido toda especie de freno moral; y cuando con estas condiciones hicieron lo que hicieron, figúrate lo que harían los comunistas de hoy día, que ni creen en Dios ni en la otra vida, ni reconocen mas regla de conducta que su propio interés y las mas brutales pasiones. Aquellos eran como novicios en el arte de destruir y en cometer horrores, y estos son ya padres maestros. ¡Pobre mundo, si Dios dejaba desatados á tales monstruos, aunque no fuera sino por un corto espacio de tiempo!

F.—Ya comprendo lo que es *Comunismo*; dígame V. ahora algo del *Socialismo*.

P.—El *Socialismo* pretende cambiar el estado y constitución de las sociedades modernas, consumando su independencia de la Religión, de la autoridad y de la moral, en que hace tantos siglos se trabaja. Para decirlo en una sola palabra, es una divinización de la sociedad, que se proclama en odio de un Dios uno y trino, de la Iglesia de

Jesucristo y de toda especie de autoridad política, ó sea de gobierno.

F.—¿Quiénes son peores, los comunistas ó los socialistas?

P.—Unos y otros; porque aunque aparentan algunas diferencias en sus doctrinas, el hecho de verdad es, que se avienen entre sí perfectamente unos con otros, y que todos aspiran al mismo fin, por los mismos medios. Esta es la razón porque en el lenguaje común se confunden el *Comunismo* y *Socialismo*, los comunistas y socialistas.

F.—Y este Comunismo y Socialismo, dice V. que tratan de propagar los fautores y diseminadores del Protestantismo?

P.—Sí, Federico: este es el fin á que se dirigen todos sus esfuerzos y maniobras. Como el Protestantismo no es más que una palabra vaga, cuya única significación se reduce á negar la Religión verdadera, es muy á propósito para encubrir los perversos designios de los que solo se valen de ella para acabar con todo género de propiedad y desquiciarlo todo con el *santo* fin de alzarse ellos dueños del cotarro, salvo siempre el derecho de hacerse después pedazos unos á otros.

F.—Pero no todos los propagadores del Pro-

testantismo abrigarán un fin tan perverso y horrible?

P.—Seguramente que no; pues muchos solo son instrumentos ciegos, cuyo fin inmediato es únicamente su interés del momento, y otros son pura y simplemente unos necios y viciosos, que nada más pretenden sino tener compañeros de sus vicios y desórdenes. Pero los cabezas, los que dan el impulso y movimiento, no llevan más fin que el que te he dicho; y de esto no cabe duda, pues, lejos de ocultarlo, ellos mismos lo confiesan claramente, y altamente lo publican en sus libros y escritos.

F.—Verdaderamente todo cuanto V. acaba de decirme es capaz de llenar de espanto, y no puedo pensar en ello sin erizarseme los cabellos.

P.—Y razón de sobra tienes para ello. Guárdate, pues, de la peste del Protestantismo, sí, juntamente con tu alma, no quieres perder todo cuanto amas en este mundo.

IX.

F.—¿Y qué le parece á V. que he de hacer para guardarme de los propagadores del Protestantismo?

P.—Huir de ellos como de gente apesada.

F.—Está muy bien; pero ¿cómo lo haré para conocerlos? ¿me sabrá V. dar un medio para tomarles bien la filiación?

P.—Si, puedes conocerlos, por mucho que se disfracen para no ser conocidos por lo que son, pues ellos saben muy bien que si los pueblos los conocieran, quedaria perdido todo su negocio. Los hay que hasta la echan de religiosos y devotos y tienen siempre palabras de miel en su boca, y hasta se dicen fervorosos católicos. Estos hacen lo que el demonio, que de ángel de tinieblas que es, se transforma en ángel de luz, como dice el Apóstol, para seducir mas fácilmente á los incautos. Con todo hay señas para conocerlos y liberarse de sus redes.

F.—Vamos á ver cuáles son estas señas.

P.—Son diversas, segun que los fautores ó propagadores del Protestantismo son estrangeros ó americanos. Los estrangeros por lo general no son por ahora acá en América mas que algunos agentes de la propaganda inglesa, y en particular son escoceses, que son los mas fanáticos entre los protestantes de la Gran Bretaña.

F.—Cómo se arreglan estos propagandistas es-

trangeros del Protestantismo para hacer su negocio?

P.—Suelen aparentar mucha religion y aun devocion, practican exteriormente con grande exactitud los ejercicios de su culto, y hacen gala de llevar siempre consigo la Biblia, ó su libro de oraciones, segun ellos le llaman: guardan la fiesta del domingo con una supersticion tan farisáica, que en ese dia ni aun encienden lumbre en su casa para guisar la comida; y donde tienen capillas para su culto, concurren á ellas con gran boato para hacerse notar de todos. Toman un aire de honradez y hombria de bien, que cualquiera, al verlos, los tendria por impecables. Una vez preparado el terreno por estos medios, y despues de haber dado una mirada para conocer á los que podrán atrapar en sus redes, se van poco á poco y con maña introduciendo en las familias, en las reuniones públicas, y procuran trabar amistad con aquellos sujetos que juzgan mas á propósito para coadyuvar á sus miras.

F.—Vaya, como no hagan mas que eso, poco fruto sacarán.

P.—Espera un poco, que no te he dicho nada todavía. Cuando estos propagandistas han sentido ya sus reales, y se creen bien acogidos por

las gentes, comienzan con tono grave y palabras melosas á compadecerse de los pobres Católicos, esclavos, como ellos dicen, del Papa y de los curas, y víctimas de una porción de supersticiones. En seguida pasan á encomiar su religion, haciéndose todos lenguas de la libertad que en ella gozan, sin ninguno de esos embelecos de ayunos, abstinencias, confesiones y demas practicas impertinentes. A todo esto añaden mil alabanzas de lo florido que se halla el comercio allá en su tierra, de la prosperidad y bienestar que en ella gozan desde que sacudieron el yugo del Papa y de los curas. De esta manera logran que los tontos é ignorantes se queden con tanta boca abierta, y figurándose que, para nadar en oro y vivir como unos patriarcas, lo primero que han de hacer es renegar de la religion católica.

F.—¿Y por qué llama V. tontos é ignorantes á los que esto crean?

P.—Porque se tragan como artículos de fé los cuentos de Jauja, que les cuentan unos charlatanes que quieren perderlos, y fiados en la *apariencia*, no penetran la *sustancia* de las cosas.

F.—Sirvase V. explicarse un poco mas. ¿Qué es eso de *apariencia*?

P.—La *apariencia* es esa cáscara de religiosi-

dad, de libertad, de civilizacion, de progreso y demás palabrotas, con que se dejan embaucar los incautos por gentes que son como eran los fariseos, los cuales se mostraban muy rigidos en guardar el sábado, muy celosos de los ritos del culto judáico, muy puntuales en pagar los diezmos y primicias; pero que allá en sus adentros eran orgullosos como Lucifer, avaros como Judas, rapaces, inmundos, obscenos, envidiosos, tales, en fin, que el Salvador no tuvo reparo en llamarlos *raza de víboras y sepulcros blanqueados*. Pues estos son los tales propagandistas extranjeros, de que voy hablando: con capa de religion, y mostrándose como agentes del Protestantismo, en verdad no son mas que emisarios políticos que solo tratan de influir y dominar en los países donde tienden sus redes para hacerlos colonias de la Inglaterra. Y si no observa bien cómo aprovechan el tiempo en todas las bullangas que hay en ciertas ciudades para inundarlas de contrabando.

F.—Ya veo lo que llama V. la *apariencia*; ¿y la *sustancia* qué quiere decir?

P.—*Sustancia* quiere decir aquello que, aparte las buenas palabras, es en realidad y verdad el Protestantismo de Inglaterra, tanto en lo que pertenece á religion, como en lo relativo á moral, y

á lo que se anuncia con los nombres pomposos de *civilización, progreso, prosperidad material, etc., etc.* En lo tocante á religión el Protestantismo inglés es un tal desabarajuste de ideas, que se cuentan por centenares las sectas nacidas de esta Babel, y es indecible el furor con que unas á otras se combaten: la misma iglesia oficial, es decir, la sostenida por el Gobierno, y cuyo jefe es el Rey ó Reina, no sabe lo que ha de creer, ni lo que no; los que en esta iglesia se llaman obispos no son sino viles mercenarios que engordan con los pingües sueldos que el Gobierno mismo les paga, ó los hace pagar con sus bayonetas; los beneficios eclesiásticos se adjudican en pública subasta al mejor postor, y todos los días se ven anuncios en los periódicos ingleses, diciendo que tal beneficio produce mucha renta, que en el otro hay poco que trabajar, etc. etc. Los treinta y nueve artículos del *Credo* de esta llamada iglesia anglicana son tan elásticos, que cada cual los entiende como le place, y aun los unos en oposicion á otros, eso en cuanto á religión.—En cuanto á moral, el comun de los Protestantes son gente dada á todos los desarreglos de la carne, al hurto, al homicidio, al suicidio; y para verlo, no hay mas que pasar los ojos por sus estadísticas.

Ultimamente, por lo que respecta á la prosperidad material de la Inglaterra, si se exceptúan unos cuantos ricachos que se han hecho con un caudal fabuloso, la mayoría del pobre pueblo sufre una miseria tan espantosa, que para no perecer de hambre pasan sus vidas sepultados en las minas del carbon de piedra, ó en las fábricas detrás de una máquina, donde en pocos años mueren estenuados por el excesivo trabajo y mal alimento, que para muchos se reduce á papas y agua, estando bien contentos cuando pueden haberlas. En toda Inglaterra, pero particularmente en Irlanda, cada año mueren literalmente de hambre muchos miles de personas, y para evitar la muerte, no les queda mas recurso que emigrar á bandadas á los remotos países de América ó de la Oceania. Dime ahora, ¿qué te parece de la prosperidad material de Inglaterra?

F.—Efectivamente parece imposible. Pero ¿está V. bien seguro de no exagerar nada?

P.—En todo cuanto acabo de referirte, nada hay que no sean hechos públicos, notorios y que ha visto con sus propios ojos todo el que ha pasado algun tiempo en Inglaterra. Dios nos libre de semejante prosperidad, y se digne retornarnos la de nuestros padres cuando eran buenos católicos.

F.—Ahora ya sabré lo que son los propagadores extranjeros del Protestantismo, ¿qué me dice V. de los americanos?

P.—Que, gracias á Dios, no son muchos todavía, aunque son siempre los bastantes para turbar la paz de las conciencias y corromper algunos desgraciados compatriotas nuestros. De estos pocos americanos propagadores del Protestantismo, unos son *ignorantes*, que, engañados por los propagandistas extranjeros, se han creído como si fuera artículo de fé, que América no puede ser un país rico, libre y prospero, mientras continúe siendo católico, y que le bastaría hacerse protestante para convertirse en un paraíso. Otros son *intrigantes políticos*, que con mas ó menos descaro propagan doctrinas protestantes, sin mas objeto que trastornar el órden público, y no dejar Gobierno estable á fin de hacer ellos su pesca á rio revuelto, es decir á fin de medrar en riquezas, empleos y honores.

F.—Y ¿con que señales podremos reconocer á estos propagandistas americanos?

P.—No es difícil conocerlos. Generalmente hablando, todos ellos se hacen lenguas para ensalzar las prosperidades de que gozan los países protestantes, así como tienen empeño en hacer creer que

los países católicos están todos muy atrasados. Hablan mucho de la *independencia* del hombre y sobre todo, son grandes encomiadores de la *libertad de conciencia*. Están siempre prontos á hablar mal del Papa, de los Obispos y de todos los sacerdotes, deplorando continuamente con hipócrita compasión y como unos Jeremias los abusos de la *Iglesia y del partido clerical*. Profesán y predicán como máxima de buen gobierno que los Obispos y clérigos no son mas que unos empleados públicos como otros cualesquiera, y que no deben poscer ninguna clase de bienes, sino cobrar su sueldo del Estado. Miran como una intrusión de la *tiranía clerical* el que los sacerdotes católicos, especialmente los Obispos tengan parte en la enseñanza y educación de la juventud. Todos ellos se declaran partidarios del regalismo y de las doctrinas regalistas mas exageradas.

F.—¿Que viene á ser esto de *Regalismo* y doctrinas *regalistas*?

P.—Este, hijo mio, es uno de los puntos mas delicados del derecho y que hizo caer la pluma de la mano á no pocos sábios, especialmente si se hallan muy versados en la historia eclesiástica: es como el grito de alerta para los Principes temporales y para la Santa Sede apostólica, y que tiene

como absorbida la atencion de los unos y de la otra, aunque por motivos muy diversos. La de aquellos para darle siempre mayores ensanches y latitud, y la de la Santa Sede para moderarlos y reducir sus pretensiones á lo que exige el bien de ambas potestades y de los pueblos cristianos. En su origen las regalías no fueron mas que ciertos derechos Reales, que se reservó el Estado en favor del Erario público y del Rey como cabeza del Estado y su representante. Este nombre fué desconocido en la legislacion romana y á los profesores de la lengua del Lacio por el horror hasta el nombre de Rey, que las ideas republicanas hicieron concebir á los antiguos romanos desde la expulsion de los reyes y de la monarquia en tiempo de Tarquinio, que denominaron con el nombre de Soberbio. Cuando fundado el nuevo imperio de Occidente, pasó este de los francos á los germanos, empezaron estos derechos á llamarse *Regalia iura*, y con el tiempo *Regalias* entre nosotros. Hasta aqui nada tiene que ver la Iglesia, y no te hubiera dicho de ello nada sino por enterarte bien del abuso que de aqui toma su nombre.

Adoptado este nombre, se amplió su significacion á designar aquellos derechos y prerogativas

que la Iglesia ha concedido á los principes y reyes católicos, como en compensacion de los servicios que le han prestado, y en prueba de la íntima union y concordia de ambas potestades supremas, las que para el bien de sus subordinados se comunican una á otra una parte de sus respectivos derechos, sin que por eso cada una deje de obrar con independenciam en el círculo de sus atribuciones, por tener una y otra marcado su objeto y los medios análogos para conseguirle. Pero del modo que se entiende y viene practicándose mas ó menos desde tres ó cuatro siglos, especialmente de un siglo á esta parte, es una especie de conspiracion permanente contra la Iglesia, que consiste en mermar y quitar enteramente á la autoridad del Sumo Pontífice y de los Obispos que les corresponden, como jefe supremo y universal de los Católicos que es el primero, en todo lo relativo al gobierno de la Iglesia, y los segundos en su diócesis.

F.—Fundados motivos hay para tenerse como punto muy delicado, segun lo que V. acaba decirme, este de regalías.

P.—Lo es tanto, que es menester proceder con toda circunspeccion en esta materia, para que ni se deprima el principado, ni se levante y ensalce

mas de lo justo; procurando que, así como la potestad eclesiástica no puede pretender derecho alguno á la particion del cetro sin introducir la confusion y anarquía; así tampoco la potestad civil no puede levantar en la Iglesia otro trono pontificio, ni arrebatár al Vicario de Jesucristo una de sus llaves sin formar la monstruosidad de un cuerpo con dos cabezas y crear una incalificable dyarquía, y no se daría al César lo que es del César, por que ni le pertenece ni puede pertenecerle; y se arrebataría á Dios lo que es de Dios.

F.—Y ¿Por qué se ha venido en llamar *Regalismo* á esa monstruosa usurpacion de los derechos de la Iglesia?

P.—Para cubrir con un bello y autorizado nombre y que halaga á las potestades del siglo esa conspiracion que, para ahogar á la Iglesia, pretende atribuir á la autoridad de los Reyes, ó sea de los Gobiernos seculares, como derecho propio y emanacion de la soberania los derechos que solo corresponden á la Iglesia, y que esta no les ha comunicado para que la encadenen, la hagan una esclava, y por consiguiente la destruyan, sino para su bien y prosperidad. Los regalistas de pura raza quisieran que el Gobierno nombrase los Obispos sin dependencia del Papa, y los párrocos sin contar

con los Obispos; que se disponga todo lo de la Iglesia de Real orden; y que el Principe sea el único jefe de la jerarquia eclesiástica. Los pobrecitos son unos jansenistas sin poder sufrir que se les aplique este su propio nombre. En resúmen; los regalistas quieren concentrar en manos de los Gobiernos temporales toda la autoridad espiritual que Jesucristo confirió exclusivamente á los Apóstoles y á sus sucesores en el Episcopado, bajo la suprema dependencia del Sumo-Pontífice, principe de los Apóstoles.

F.—Y cómo se gobiernan los regalistas para hacer triunfar sus doctrinas?

P.—Se valen de unas artes verdaderamente diabólicas. En los países gobernados por monarquías puras, hacen creer á los Reyes que las miras del Papa solo tienden á apoderarse de la autoridad Real, y que es menester estar siempre muy alerta contra las invasiones de la *gente de corona*, al tiempo que ellos están invadiendo todo el terreno de la disciplina eclesiástica. En los países regidos constitucionalmente, hacen creer á los Parlamentos que en su calidad de soberanos y omnipotentes como los llaman, pueden hacer y deshacer lo que se les antoje en lo relativo al gobierno temporal y espiritual de la Iglesia, de modo que ni el Papa, ni

los Obispos, ni los clérigos, deben tener mas autoridad ni ejercer mas funciones que las que el Parlamento les otorgue, llevando su temeridad hasta el extremo de que ni aun en la confesion puedan decir ni hacer lo que juzguen segun Dios, á menos de exponerse a ser encausados y arrastrarse por las cárceles. De otro modo, dicen, sería un Estado dentro del Estado, y un Soberano extranjero (asi se atreven á denominar al padre comun de los fieles) vendria á gobernarnos dentro de nuestra casa, y eso es insufrible. Asi es como los regalistas, adulando á los Reyes y á los pueblos, inspirándoles desconfianza contra los ministros de la Religion, y particularmente contra el Vicario de Jesucristo, han logrado en muchas naciones acabar con la santa libertad de la Iglesia, balarde de la verdadera libertad de los pueblos, la cual quitada viene siempre detrás el despotismo mas atroz hasta el punto de que ni aun las bulas mismas del Pontífice en que se define dogmáticamente un punto de fé, se tienen por legales y válidas como el Gobierno no las autorice con el *pase régio*. Esto seguramente lo fundarán en que Jesucristo mandó á sus Apóstoles que antes de predicar su fé pidiesen á los Emperadores paganos de Roma el *pase imperial* para hacerlo. Ya com-

prenderás que la indignacion que me hace concebir tal procedimiento, me hace hablar de broma.

F.—Ya lo he comprendido, señor, porque todo el mundo sabe que los Apóstoles predicaron la fé y gobernaron la Iglesia con plena independencia, y á pesar de toda la rabia de sus perseguidores y de las prohibiciones de los Gobiernos temporales. Pero por lo que V. me dice, sospecho que el tal *Regalismo* viene á ser un protestantismo disfrazado.

P.—Has dado en el blanco, Federico, como buen tirador. Entre el protestantismo manifiesto y el regalismo, como lo entienden comunmente hoy dia, no hay mas diferencia sino que el primero niega redondamente la autoridad de la Iglesia, y el segundo no la niega; pero se arregla de modo que la hace ineficaz y la imposibilita de ejercer sus atribuciones.

F.—Y ¿todos los regalistas son iguales? ¿todos se proponen favorecer el Protestantismo?

P.—No diré que todos, porque muchos de ellos no conocen seguramente el peligro de sus doctrinas, que creen muy inocentes; pero bien puedes asegurar que una gran parte son propagandistas del protestantismo, disfrazados con la careta de

defensores de los derechos de la corona, y de la nación, que, como te tengo dicho, los que realmente tiene, no son derechos, sino privilegios, como si los Papas no fuesen los que han formado y defendido las naciones modernas, y los atalayas que desde hace mas de un siglo están avisándolas y mostrándoles el abismo á que las doctrinas protestantes las conducen.

F.—Que debo hacer cuando tope con alguno de estos varios propagandistas del Protestantismo?

P.—Reprenderlos con prudencia, mas no disputar con ellos, porque son amigos de disputas; mirarlos con caridad y huir de su compañía tan pronto como los conozcas, *sciens quia subversus est, qui huiusmodi est*, como dice san Pablo, hablando de todos los herejes: *sabiendo que los que son así, todos están percertidos*, y que tampoco sacarás nada con ellos.

F.—Por qué quiere V. que huya de esta gente tan pronto como los conozca?

P.—Porque, de lo contrario, perderias tu tiempo, como acabo de decirte, y á mas te espondrias á perder el alma. El empeño de estos corruptores es aficionarte á una religion que favorece los instintos mas depravados del corazon humano.

que fomenta todas las pasiones mas desordenadas y que, por consiguiente, es muy á propósito para seducir y halagar al que no se previene con tiempo. Porque al fin, amigo, todos somos hombres inclinados por naturaleza á lo malo, y á poco que nos persuadamos de que podemos obrar mal sin peligro alguno, es indudable que lo haremos. Este es el fruto del Protestantismo; las artes de que se valen sus propagadores tantas y tales, que si se logra escapar de una, puédesse muy bien no escapar de otra.

F.—Cuáles son estas artes?

P.—Algunas quedan ya indicadas, y no es posible mencionártelas todas: pero te diré las principales. Todos esos propagandistas hacen cuanto pueden por desacreditar á la Iglesia católica, designándola con los nombres de *gente de cogulla, seides de Roma, partido ultramontano, jesuitismo, supersticion*: todos se deshacen en ponderar lo que ellos llaman *ambicion de los Papas*, que en mil años, y en ciertas épocas, con todos los medios han adquirido ni un solo palmo de territorio mas del que ya poseian, *dominio de los curas, etc.*, y no cesan de tener á los sacerdotes por embaucadores y embusteros, diciendo que su ministerio sagrado no es mas que un oficio para los

grar su conveniencia, y sino miradlos, dicen, como están tan gorditos; califican de supersticiones las prácticas religiosas, y de idolatría el culto de la Santísima Virgen y de los Santos.

F.—Efectivamente he oído muchas veces ese lenguaje en boca de algunos; ¿qué más?

P.—Otra de las astucias que emplean, es no perdonar mentira ni calumnia, por groseras y bestiales que sean, contra la religión católica y sus ministros, pues como estos tales no tienen conciencia ni pudor, no hay picardía que no digan, ni infamia que no inventen, para hacer odiosos á los Papas, á los Obispos y demás sacerdotes, especialmente á aquellos que por su celo ú otros motivos los creen más á propósito para deshacer sus planes. Si algun pobre sacerdote comete alguna flaqueza, porque al fin es hombre, la exageran tanto como pueden, y aunque no sea más que un grano de arena, la pintan á lo menos como una montaña. Fingen creer que todas las faltas y abusos de los curas son aprobados y protegidos por la Iglesia; pero tienen muy buen cuidado en ocultar las censuras y penas que la misma Iglesia impone para reprimir y castigar los abusos. A cada instante los oirás decir que el Papa trafica y negocia con las indulgencias; que

los Curas venden la absolución de los pecados; que revelan las confesiones; que la Iglesia prohíbe leer la palabra de Dios, etc., etc. En punto á mentiras y calumnias no paran jamás: ¿se les descubre una mentira? ¿se les prueba una calumnia? Ellos no hacen caso, sino que vuelven á mentir y á calumniar con una desvergüenza inaudita.

P.—Pero con lo que más hacen el bu, es con la Inquisición; por supuesto, no con la Inquisición tal como ha sido, sino con una Inquisición que ellos inventan allá en sus cerebros vacíos para amedrentar á los tontos; pintándoles cuadros horribles de tormentos y suplicios, de curas carniceros, siempre prontos á devorar víctimas (por supuesto inocentes) de sus furores; hablan de las hogueras con que quemaban las gentes, como si no hubiese sido el suplicio á que los tribunales civiles condenaban á muchos criminales en aquel tiempo, y de tormentos de víctimas para hacerles confesar sus crímenes, como si no hubiese sido cosa corriente en todos los tribunales de aquel tiempo, y no supieran todos los que no son tan ignorantes ó maliciosos como ellos, que la Inquisición fué la primera en abolirlos. Y aunque la tal Inquisición ya no existe en ninguna parte, ellos suponen que todavía la hay en todas

las naciones; y por aquello de *á tuengas tierras, tuengas mentiras*, reflicren siempre las atrocidades inquisitoriales como acaecidas en países remotos. Mientras acumulan toda esta sarta de patrañas, se guardan muy bien de mencionar la verdadera y cruel inquisición que positivamente, se practica en varios países protestantes, donde se prende y se destierra á los Obispos y clérigos, y se les injuria con toda clase de insultos, y se les oprime con toda especie de vejaciones. Hará como unos cuatro ó seis años que un gran número de fanáticos intentaron renovar en Inglaterra las bárbaras iniquidades que durante tres siglos se han estado cometiendo en aquel país contra los pobres Católicos, iniquidades, de las cuales la mas mínima excede sin comparación á todas las que hayan podido cometer las pasiones de los hombres en los países católicos.

F.—¿Qué desvergüenza la de los tales propagandistas! Pero á lo menos ¿no pararán en esto sus malas artes?

P.—¡Ah! estamos solo en los principios. Todavía no te he hablado de las Biblias corrompidas y falsificadas que reparten, haciendo decir á Moisés, á los Profeta y á Jesucristo lo que jamás dijeron; ni tampoco te he dicho nada de los

libros, folletos y periódicos que propagan llenos de las falsedades mas impudentes contra la Iglesia y el Clero; ni de los *clubs ó sociedades secretas* que forman con los revoltosos de oficio para proteger todo trastorno y amedrentar á la gente honrada, ni de la habilidad infernal con que se insinúan para propagar sus doctrinas por medio de obras filosóficas, literarias, históricas . . . hasta por medio de los diccionarios y obras con titulo de Vida de algun Santo.

F.—¿Tambien eso?

P.—Ellos no pierden ripio, como suele decirse. Una de sus maniobras favoritas es escribir historias de pueblos y de reyes, amañadas para dar siempre razon á los herejes contra los Católicos, donde estos aparezcan como verdugos y criminales, y aquellos como victimas *santas* del *fanatismo*. Dorando, por decirlo asi, sus falsedades con una que otra verdad esparcida en tal cual página, dan salvo conducto al espíritu protestante que las anima todas. Preparada con estas historias la opinion de la gente frivola é ignorante, lescuesta ya menos trabajo difundir principios de perversion. Esta es la causa por que con mucha razon ha podido decir un escritor ilustre,

que «la historia, de un siglo á esta parte, es una «conspiracion permanente contra la verdad.»

F.—Es decir que esa gente pervierte primero los entendimientos para corromper despues las conciencias.

P.—Asi es; por eso no tan solo se valen de los impresos que publican vendiéndolos á infimos precios, ó regalándolos, sino que tambien se ingenian para colocar en las escuelas públicas á maestros hipócritas, los cuales, manifestándose al principio hombres de religion y sana moral, van luego derramando poco á poco en el ánimo de los niños inocentes sus máximas heréticas, ya con sus explicaciones, ya con los libros que les dan como premio de aplicacion. Esto que hacen en las escuelas de primera educacion, lo hacen luego en mayor escala en las universidades é institutos de enseñanza superior, colocando ó influyendo para que en ellos se coloquen maestros imbuidos en todos los errores protestantes. Te horrorizarias, si te dijera lo que uno de estos, que yo sé en qué instituto se halló colocado años atrás, enseñaba á sus discipulos, y muy temible es que no fuese solo.

F.—A lo menos con estas artes no lograrán corromper sino á la gente acomodada; ¿me sabria

V. decir si hacen algo para corromper tambien á los pobres?

P.—Si, por cierto; los medios que usan con los pobres son crueles, pues prevaliéndose de la miseria en que se hallan tantos infelices reducidos á perecer de hambre, les ofrecen dinero para hacerles apostatar. Con este inicuo medio han comprado los Protestantes, y siguen todavia comprando el alma y la conciencia de muchos desgraciados, en los paises donde se les deja impunemente consumir este tráfico, infinitamente mas horrible que el de los negros. Ellos saben muy bien que nunca faltan Judas dispuestos á vender á Jesucristo por treinta dineros, y de estos apóstatas se valen luego para reclutar mas gente en sus filas de perdicion.

F.—¡Jesús!!! ¡eso parece una conspiracion contra Dios y contra la sociedad humana! y unos hombres que asi obran ¿se atreverán á llamarse honrados?

P.—Entre los ministros y propagadores del Protestantismo, no es la honradez el género que mas abunda. Los hombres verdaderamente honrados del Protestantismo no compran almas ni falsifican Biblias . . . Pero de esto ya te he dicho lo bastante.

F.—¿Quiénes son los que se hacen protestantes?

P.—Por lo que hasta ahora se ha visto en todas partes, los pocos católicos que abrazan el Protestantismo, han sido la gente mas perdida y las basuras del Catolicismo. Entre estos han figurado en primer término algunos pocos clérigos y frailes apóstatas, verdaderos sacos de podredumbre y de vicios.

F.—¿De veras?

P.—Tan de veras, que hasta el día de hoy los pocos que han dado el escándalo de semejante apostasia, eran ya de antes señalados por su escandalosa conducta en los pueblos y diócesis á que pertenecian; eran la verdadera cruz de sus obispos y superiores, los cuales no sabian ya cómo arreglarse para hacerlos entrar en orden. Todos ellos, despues de haber escandalizado con sus palabras y procederés, han acabado con escaparse en compañía de alguna mujer á lejanas tierras, ó cuando menos, si no la han llevado consigo, la han tomado despues, pisando de este modo su voto de castidad perpétua, y luego cuando se les ha preguntado la razon de su apostasia, han tenido la desvergüenza incalificable de contestar que si se han separado de la Iglesia católica, ha sido obligados por la corrupcion de Roma, y por

las convicciones que habian formado con la lectura de la Biblia. Los protestantes sensatos se avergüenzan de la impudencia de tales apóstatas.

F.—¿Por qué llama V. *apostasia* el hacerse protestante?

P.—Porque hacerse protestante, no es mas ni menos que renegar de la religion cristiana; pues por mas que digan los que abandonan la Iglesia católica, que no solamente continúan siendo cristianos, sino cristianos mejores que los Católicos; la verdad es que nada menos hacen sino abandonar á Jesucristo y su Iglesia para profesar un Evangelio de nuevo cuño, un Evangelio sin piés ni cabeza, que no saben si es el de Lutero, ó el de Calvino, ó el de Zwinglio, ó el de cualquier otro embaucador semejante, pues cada uno de estos *reformadores* se ha arreglado allá para su uso particular un Evangelio, siendo la verdad en último resultado que no creen en su Evangelio, ni en el de los demás.

F.—¿No habrá alguno que se haga protestante de buena fé?

P.—Ni uno solo: hasta ahora no se ha visto ningun católico que haya apostatado sino para saciar alguna pasion innoble, que no le consentia la Iglesia católica. Ellos creen en el nuevo Evan-

gelio que abrazan, lo mismo que tú crees en el zancarron de Mahoma

F.—Y cómo consienten los Protestantes honrados que sean admitidos en su comunión apóstatas?

P.—Por la esperanza de que el mal ejemplo de estos danzantes pueda seducir algunos buenos católicos, ó mejor porque no se atreven contra la corriente de los sectarios. Pero los mismos Protestantes confiesan que mientras la gente mas ilustrada y virtuosa de ellos se viene todos los dias con nosotros, en cambio ninguno de los nuestros se pasa á sus filas, que no sea la hez de nuestra comunión. Los mismos Protestantes confiesan que cuando el Papa hace una limpia en el jardín de la Iglesia, echa por encima de las tapias en el campo de la herejía todas las malezas é inmundicias: los mismos Protestantes confiesan, que todo lo que consiguen reclutar para sus banderas, es lo mas perdido y descamisado.

F. ¿Y con todo eso los admiten?

P.—¿Qué han de hacer los pobres si no los hallan mejores?

F. Digame V., señor Cura, ¿por qué los que se hacen protestantes, dicen que obran conforme al

progreso de las luces y á la ilustracion del siglo, á otras expresiones del mismo jaez?

P.—Es muy sencillo: para engañar mejor á los tontos y seducir á la gente frivola y vana. Pero figúrate tú qué *progreso* será el suyo cuando, léjos de decir nada nuevo, no hacen mas que repetir mentiras y necesidades rancias refutadas ya mil veces por los Católicos: como cuando aseguran que la confesion auricular, la misa y el culto de los Santos son cosas recientes en la Iglesia, no obstante haberseles ya probado mil veces que son tan antiguas como el Cristianismo; pero á ellos les parecen novedades dignas de un hombre de chapa, y queriéndola echar de eruditos y sabiondos, no ven todo lo ridiculo de su ignorancia. Cosa tanto mas rara; cuanto para convencerse de su tontería, bastábales mirar la multitud de protestantes, verdaderamente sábios y estudiosos, que á cada instante se están convenciendo de la falta de razon y fundamento con que el Protestantismo enseña estas novedades, y los cuales acaban por convertirse al Catolicismo, persuadidos de que es la única religion verdadera de Jesucristo.

F.—Sabe V. que me espanta el pensar lo que seria si el Protestantismo se entronizase en un pais?

P.—Y tienes mucha razon para espantarte; esto seria un degüello perpétuo: la guerra civil inundaria de sangre las ciudades y las campiñas; se arruinarian de todo punto las pocas casas de caridad y beneficencia que nos han dejado las revoluciones; se convertirian en ruinas nuestros magnificos templos, y ningun hombre de bien tendria segura su vida ni su hacienda. Verdaderamente horroriza pensar lo que sucederia cuando se lee en las historias lo sucedido en igual caso en paises en que la gente tiene menos caliente la sangre, como son, por ejemplo, la Alemania, Inglaterra, Holanda y otras regiones del Norte, donde las guerras religiosas, movidas por los sectarios, fueron unas verdaderas carnicerías. Dios nos libre de semejantes horrores.

XII.

F.—¿Qué delito comete el católico que se hace protestante?

P.—Comete tres delitos principales, y á cual mas graves: delito contra Dios, delito contra la Iglesia, delito contra la sociedad.

F.—¿En qué consiste su delito contra Dios?

P.—En lo que consistió la rebeldia del mismo

Lucifer, cuando, lleno de soberbia, quiso ser independiente de Dios; pues no pretende otra cosa el católico que desprecia la autoridad de la Iglesia, que Dios instituyó para enseñarle y dirigir su conciencia, para seguir su propio capricho, y se subleva para no creer ni obrar mas que lo que le acomoda.

F.—Pues, señor Cura, á mi me parecia que el católico que se hace protestante, tomando la Biblia como regla de fé, se atiene estrictamente á la palabra del mismo Dios.

P.—Eso es lo que dicen los Protestantes; pero saben muy bien ellos mismos cuando lo dicen, que mienten descaradamente. Y sino, dime. ¿cómo han de tomar por regla de fé la Biblia, si ellos no saben cual es la verdadera Biblia, cuando hay tantas Biblias distintas, y aun contrarias entre sí, cuantas son las sectas protestantes? Para que la Biblia pudiera ser su regla de fé, era preciso que no reconociesen como verdadera mas que una; que todos la entendiesen del mismo modo, y no que cada cual de ellos quisiera fundar en su Biblia la primera necedad ó infamia que se les planta en la cabeza. A mas de que, Jesucristo no dijo: *Leed la Biblia*, sino que dijo: *El que no oyere á la Iglesia, sea tenido como étnico y pu-*

blicano, es decir, como pagano y herege: ni dijo á los Apóstoles: *Id, enseñad á leer la Biblia*, sino: *Id, enseñad á todas las gentes: predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo.*

F.—Perdone V.: es muy contrario lo que yo he oído decir; Nuestro Señor, me aseguraron que dijo terminantemente: *Investigad las Escrituras*, y que en esto se fundan los Protestantes para tomar la Escritura como regla de fé, y por esto no se les caen de la boca aquellas palabras del Salvador.

P.—Pues esto mismo prueba lo que te he dicho, esto es, que los Protestantes no entienden jota en la Escritura, y que la toman, como suele decirse, por los cerros de Úbeda.

F.—A ver cómo es eso?

P.—En primer lugar, cuando el Salvador dice aquellas palabras, es al hablar con los Doctores de la ley, para convencerlos con las profesías del Viejo Testamento de que él era el Mesías prometido; no con los Cristianos para mandarles que tomen la Escritura como regla de fé. Jesucristo se refería, pues, aquí al Antiguo Testamento; y si valiese el sentido que los Protestantes quieren dar á aquellas palabras, tendríamos en todo caso que

solo el Antiguo Testamento, y no el Nuevo, ó sea el Evangelio, debería ser regla de fé cristiana; y esto es un desatino. —Ademas, Jesucristo no dice, *investigad las Escrituras*, como quien manda una cosa, como tú dirías á un soldado: *traeme el fusil, ó, ponme la mesa*; sino que lo dice como haciéndoles un argumento: *Investigad las Escrituras*, esto es, *vosotros que tanto registráis las Escrituras, investigadlas, y en ellas vereis como yo soy el Mesías prometido*; así lo entienden también, y lo confiesan los protestantes instruidos y leales; pues hasta leer el pasaje donde están esas palabras para conocer claramente que Jesucristo no quiso en ellas mandar la lectura de la Biblia. Pero en vano es que se les explique el texto una y mil veces: los Protestantes hacen oídos de mercader, y siguen mintiendo y engañando á los pobres que en ellos fían. —Aun hay mas todavía: aunque la palabra aquella *Investigad* se entendiese como un mandato, todavía los Protestantes irían equivocados, pues siempre resultaría que, habiendo Jesucristo fundado una Iglesia infalible para explicar su doctrina, ningun particular es dueño de explicarla segun le acomode; y que en todo caso el precepto del Salvador seria equivalente al de un soberano que mandase estudiar el

Código civil para que se observase, no para que cada cual lo explicase á su antojo.

F.—Tiene V. mucha razon; pero ello al cabo los Protestantes pretenden probar su doctrina con las sagradas Escrituras.

P.—Tú lo has dicho; *lo pretenden*, pero ¿lo consiguen? no. Lo pretenden á la manera que, como se lee en el Evangelio de San Juan (*cap VII, v. 52*), los escribas y fariseos pretendian probar á Nicodemus que Jesucristo no era el Mesias, cuando le dijeron: *Examina las Escrituras, y hallarás que de Galilea no ha salido Profeta*; en lo cual mentian, porque habian salido de Galilea no pocos profetas. Y aunque deba entenderse este pasage del Profeta por excelencia, esto es, del Mesias, aun asi mentian; porque, si bien es verdad que, segun los Profetas, habia de nacer en Belen, como efectivamente habia nacido Jesucristo, tambien, segun los Profetas, debia llamarse Nazareno, nombre que debia venirle de Nazaret, ciudad de Galilea, en donde habitó Jesus despues de su venida de Egipto. Pero, por lo visto, el mentir estaba tan poco á aquellos hipócritas de entonces, como á los Protestantes de hoy.—Tambien los Protestantes se valen de la Escritura á la manera que lo hizo el diablo para tentar á Jesu

cristo cuando con un testo de la Escritura, truncado y entendido á su modo, quiso persuadir al Salvador á que se arrojara desde el pináculo del templo, diciéndole que *estaba escrito* en la Biblia. Esto mismo han hecho los herejes de todos los tiempos, y los de ogaño no parece quieran distinguirse de los de antaño.

F.—Si los Protestantes no fundan su doctrina en la palabra de Dios, ¿en que la fundan?

P.—En la palabra engañosa del hombre: los Luteranos creen á Lutero, los Calvinistas á Calvin, los Anglicanos al rey Enrique VIII ó á la papisa Isabel, y así de los demás herejes. Así es como se complace Dios en castigar el orgullo de los que, mientras se resisten á creer en la autoridad infalible y santa de la Iglesia, no tienen reparo en creer á ciegas en la palabra de un fraile lujurioso, de un clérigo apóstata, de un rey disoluto y de una muger deshonesta y mónstruo de crueldad.

F.—Ahora ya entiendo, señor Cura, como estos cometen gravísimo delito contra Dios. ¿En qué consiste el que cometen contra la Iglesia?

P.—En revelarse contra esta su madre, que los ha engendrado en la fé de Jesucristo, que los ha nutrido con sana doctrina y Sacramentos, que

ha tenido siempre para ellos entrañas de amor y de caridad. Hijos pérfidos é ingratos, desconocen los beneficios de su buena madre, le mueven guerra cruel y despedazan su seno, y hasta conspiran para arrancar de su regazo á las almas fieles para abismarlas en vias de perdicion. ¿No te parece este crimen bastante horroroso?

F.—Si, señor Cura; pero quizás ellos piensan conducir esas almas por camino mas seguro de salvacion.

P.—Lo que menos piensan es en eso, por mas que digan, y la razon es clara: dicen ellos que, en creyendo en Jesucristo, se pueden salvar las almas en cualquiera religion, y confiesan que los Católicos se salvan y gozan el paraíso. ¿Qué interés; pues, pueden tener en sacar á nadie de la Iglesia católica, fuera de la cual, como enseña la fé, no puede haber salvacion? ¿Y qué diremos de los católicos que, sabiendo esto, se van con los Protestantes y dejan lo *cierto por lo dudoso*? Pero aun cuando los Protestantes negasen, que no lo niegan, que los Católicos se salvan, ¿qué valdria su palabra contra la del mismo Jesucristo, cuando dice que el que en vez de entrar en el redil por la puerta, entra por otra parte, es un ladrón y asesino que nada mas quiere sino matar

ó perder á las ovejas, esto es, á las almas, y que es un lobo carnicero, sediento de sangre y de rapiña? Y además ¿se ha visto alguien en alguna parte que de católico se haya convertido en protestante para hacerse mejor y mas santo? Hasta ahora de ninguno se cuenta en tres siglos de vida que lleva el Protestantismo; y por el contrario se cuenta de muchos, ó mejor dicho, de todos, que se han hecho protestantes para vivir sin regla ni ley, sin Jesucristo y sin Dios. Mira cómo viven los apóstatas, y no tendrás necesidad de mas para conocer el fin que les guiaba al apostatar. No es, pues, el amor de las almas lo que hace á los Protestantes buscar prosélitos.

F.—Me deja V. convencido; vamos últimamente á ver, ¿qué delito comete contra la sociedad el que se hace protestante?

P.—Delito mayor del que tú te figuras; pues que todos esos incrédulos ó ateos prácticos, cubiertos con el disfraz de protestantismo, no son mas que agentes políticos para promover la anarquía, el Comunismo y el Socialismo; y por consiguiente, son enemigos natos de la sociedad y traidores á su patria. Dime tú, pues, ¿qué serán los que siguen las banderas de tales gentes, y si al

irse con ellos no cometen un delito bien grave contra la sociedad?

F.—Pues yo he oído decir que muchos de los Protestantes son hombres muy pacíficos, y hasta se ponen contra los católicos imprudentes, indiscretos ó fanáticos que no saben vivir en paz.

P.—Sí: al principio se presentan muy mansos porque son muy pocos; pero luego que van creciendo en número y se creen fuertes; de corderos se convierten en lobos, y aun en tigres. Primero la emprenden con aquellos católicos, á quienes ellos califican de *fanáticos* y *exagerados*, porque se oponen á sus tramas, y eso es lo que dicen *no saber vivir en paz*; despues ya van formando cábalas y partidos, hasta que llegan á dar al traves con todas las instituciones vigentes. Tal es, en compendio, la fiel historia de todas las herejías que han prevalecido; jamás se ha hecho una revolucion religiosa, que no haya sido seguida de otra revolucion política.

F.—Pues, ¿cómo hay Gobiernos que protegen el Protestantismo?

P.—O son el producto del mismo Protestantismo, y entonces la pregunta no viene al caso; ó son necios que no ven la gangrena que admiten en el Estado, ó son traidores á su Dios y á su pa-

tria, instrumentos miserables de sociedades secretas, á cuyos manejos deben su elevacion al poder.

F.—¡Ya! ya le entiendo á V., y lo creo. Pero bueno fuera tirar de la manta y descubrir el juego.

P.—No te dejarán. Blasfemar de Dios, insultar á su Iglesia y á sus ministros, predicar principios disolventes de todo orden social, esto si te lo consentirán; pero ¿descubrir las picardias de ellos? guárdate de intentarlo, porque te harán pasar plaza de exagerado y visionario, quizás de conspirador, y sin forma de proceso te mandarán á ultramar á averiguar la verdad del caso.

F.—Ya comprendo; bástame que los conozca.

P.—Tienes mucha razon: procura conocerlos, huye de ellos y perdónalos, que al cabo mas necios son que malvados.

F.—¿Pueden vivir tranquilos los que se pasan de la Iglesia católica al Protestantismo?

P.—No; porque son apóstatas y renegados, esto es, hombres que se rebelan contra Dios, que desechan la divina gracia y pierden toda la fé. *No hay paz para los impíos*, dice Dios mismo, y si algun impío hay en el mundo, ninguno lo es mas que el hereje, el apóstata y el renegado.

F.—Es decir, que estos tales viven con la conciencia perpétuamente agitada y llena de amargos remordimientos?

P.—No hay duda; llevan un infierno en su corazón, y padecen tristezas y melancolias tales que no hay palabras para expresarlas. Siempre inquietos, tristes, turbulentos, en vano se abandonan á todos los vicios para sacudir el peso que agobia su corazón.

F.—Pues algunos he visto yo que bien alegres están, y buena vida se llevan.

P.—En la apariencia, sí; pero allá para sus adentros, no. Dados siempre á disipaciones y vicios, hacen lo que algunos infelices agoviados de deudas, que para no sentir penas se embriagan, los cuales tan luego como les pasa la borrachera, vuelven á las mismas penas de antes. Del propio modo estos infelices apóstatas fingen estar alegres, huyen de la soledad, y andan siempre inventando distracciones, y buscando recreos para sufocar el atroz remordimiento que los punza, pero por mas que hacen, no consiguen matar el gusano que los devora. A veces los hay que son ingenuos y lo confiesan, como uno que yo conocí; pero no les devora menos por querer disimular-

lo. Te repito, que no te fies de las apariencias, pues *no hay paz para los impíos*.

F.—Pero, ¿no dicen ellos que se han hecho protestantes por un *profundo convencimiento* y á fuerza de leer la Biblia?

P.—*El profundo convencimiento* de estos que se hacen protestantes es el mismo que el de los cristianos que se hacen turcos. ¿Te parece á ti que los presidarios de Ceuta y Melilla, que se pasan al Moro, tendrán mucha fé en Mahoma? Pues la misma tienen los que de católicos se hacen protestantes.

F.—Quizás V., señor Cura, se equivooca, pues al cabo V. no está dentro de ellos para ver sus intenciones.

P.—Nada hay que manifieste con tanta seguridad las intenciones del corazón, como son los hechos, y en hechos es en que yo me fundo. Me fundo en la pública confesion de algunos traidores á su Dios, hecha por ellos mismos cuando acosados por sus remordimientos, al fin volvieron al gremio de la Iglesia católica. Muchos ha habido que, despues de haberse alabado grandemente de su apostasia, y de haber insultado con sus escritos y discursos á la Iglesia romana, vomitando contra ella todo género de injurias y de calumnias, han

acabado por no poder sufrir el desgarramiento interior de su corazón y la vergüenza que les roía el alma, y han abjurado los errores que habían abrazado contra la fé de su santa Madre. Pues bien: estos son los que en sus públicas retractaciones, han confesado los tormentos de conciencia que padecían mientras estuvieron en el Protestantismo, y se han retractado solemnemente de todos los insultos y falsedades que habían propalado contra la Iglesia y los Pontífices romanos. Estas retractaciones se han hecho públicas en todos los periódicos, y no puede menos de que tú hayas visto alguna.

F.—Si, señor, alguna he visto: pero muy pocas comparadas con el número de los apóstatas.

P.—Es verdad; pero eso consiste en que, para declarar un hombre públicamente sus errores y faltas, se necesita cierto grado de heroísmo que no es comun. Los apóstatas arrepentidos, que quieren reconciliarse con la Iglesia, encuentran á veces tales obstáculos, que, no pudiendo superarlos, continúan arrastrando, á pesar suyo, las cadenas con que ellos mismos se han atado.

F.—¿Cuales son estos obstáculos?

P.—Son muchos y de muchas especies: en cuanto á los clérigos y frailes apóstatas, el princi-

pal y casi único obstáculo consiste en haberse ya ligado con alguna mujer, y haber tenido hijos, porque, como á todos estos, segun ya te he dicho, no ha movido mas razon para apostatar que sus apetitos carnales, lo primero en que han pensado al hacerse protestantes, ha sido en tomar mujer; y aunque ellos no quisieran hacerlo, les obligarian los Protestantes á hacerlo, con la mira de comprometerlos de modo que ya no puedan pensar en volver á atrás y reconciliarse con la Iglesia. Una vez comprometidos así y cargados con una mujer y con hijos, han de tener gran dificultad en abandonarlos, y figúrate cuán duro y cruel ha de ser para ellos separarse de su familia por mas que Jesucristo halla dicho: *El que amare á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí, y el que amare á su hijo ó hija con preferencia á mí, no es digno de mí.* Pero ¿qué fuerza han de tener las palabras del Salvador para estos malvados á pesar de que fastidian con su decir que continuamente las estudian y practican?

F.—Verdaderamente es esto una terrible tentacion, y muy difícil de vencerse.

P.—El segundo obstáculo es el interés. Los apóstatas, en premio de su delito, suelen hallar entre los Protestantes una porcion de medros, de

protectores, de empleos, de gajes, etc., y conocen que todo van á perderlo si vuelven al Catolicismo, reduciéndose quizás á la miseria. Tú conoces la natural dificultad que hay para los hombres en resolverse á esta clase de sacrificios, y en recordar aquella gran sentencia de Jesucristo: *¿De qué le servirá al hombre conquistar el mundo entero, si pierde su alma?*

F.—Si, por desgracia; grande y muy grande es el obstáculo de los intereses humanos. Dígame V. otro.

P.—El tercer obstáculo es la gran repugnancia que naturalmente siente el amor propio cuando se trata de una retractacion pública. A esta resistencia, que opone el orgullo á la gracia, se junta el temor de las persecuciones de los Protestantes, si los arrepentidos se quedan entre ellos despues de abjurar, porque su tan ponderada tolerancia es solo de palabras, y la verdad es que son los mas intolerantes y mas fanáticos de los hombres, ó la vergüenza mal entendida que han de pasar si van á vivir entre católicos.

F.—Es verdad: familia, interes, amor propio, temor, vergüenza, son un terrible escuadron de enemigos capaz de hacer temblar al mas esforzado.

P.—Son tales que, moralmente hablando, hacen casi imposible la reconciliacion de muchos y muchos apóstatas que, despues de su delito, gimen y padecen horriblemente en su interior, y quisieran volver al seno de su madre la Iglesia; pero que no tienen valor para romper las ataduras con que los ha encadenado el demonio.

F.—Por lo que veo, lo mejor será no dejarse seducir, para no tener luego que arrepentirse en vano.

P.—No solo es lo mejor, sino lo único que hay que hacer. En la apariencia, nada es tan fácil, tan cómodo y grato como hacerse protestantes, pues que así se logra errecr lo que se quiere, y obrar como se cree; pero luego es ello: la conciencia se levanta contra el perjurio, y lo atosiga y lo devora, como sucede con todo pecado grave despues de haberlo cometido.

F.—Siendo tal como hemos visto la vida de los apóstatas, descaria saber cual será su muerte.

P.—Horrible: en aquel momento supremo, en que los intereses de la tierra ya no son nada para el hombre; en que, próximo á comparecer ante su Juez eterno, ve con claridad todos sus crímenes, sus faltas y sus ciegas ilusiones, el católico

que ha apóstata está mirando la inmensidad del abismo de su traicion, y muere agitado por terrores indecibles y despedazado por sus remordimientos.

F.—De qué provienen esos terrores, esas inquietudes y esos remordimientos en la muerte del apóstata?

P.—De muchas cosas: en primer lugar Dios, que es verdad infalible, los ha predicho muchas veces y con mucha claridad en sus sagradas escrituras, y lo que Dios ha dicho, se ha de cumplir: *El deseo de los pecadores perecerá.—El corazón endurecido lo pasará mal en los últimos de su vida.—La muerte de los impios es pésima—Es cosa horrenda caer en las manos de Dios vivo.* De estas y otras sentencias semejantes están llenos los Libros santos.

F.—¿Y V. supone que los que se hacen protestantes son esos pecadores, esos corazones endurecidos, esos impios de que hablan los textos citados de las Escrituras?

P.—¿Y quién lo duda? ¿qué mayor *pecado* que hacer traicion á la propia conciencia en materia tan grave como es abandonar la única religion verdadera para entregarse á los goces carnales, á un vil interés, á traficar con su alma, á seguir los

impulsos de un ciego orgullo? ¿Qué *dureza de corazón* mayor que la del que despues de lleno de pecados, apóstata por desesperacion, y despues de apostatar, se resiste á todos los avisos de Dios, á todos los gritos de su conciencia, y deja que se le venga la muerte encima estando en semejante estado? ¿Qué mayor *impiedad* que odiar á la Iglesia, y hacerle guerra encarnizada, y tratar de robarle sus hijos fieles, para llenarla de pena con escándalos, con blasfemias y malas artes? ¿Qué mayor pecado, dureza é impiedad á un mismo tiempo, que odiar á esta iglesia, esposa de Jesucristo, comprada por él á costa de tantos padecimientos, de tanta sangre y de tan afrentosa y cruel muerte?

F.—Es verdad, es verdad. Y dígame, ¿por qué razones mas es tan horrorosa la muerte de los apóstatas?

P.—Porqué á mas de los oráculos divinos que asi lo anuncian, todos los apóstatas tienen presentimiento del horroroso fin que les aguarda, como que en el fondo de su alma conocen que Dios es su enemigo, y ven manifiesto en vida el castigo que les prepara cuando aparezean en su tribunal. No sé si tú has presenciado jamás la

muerte de alguna de estos infelices; pero cree á los que la han visto. Cuando les llega su última hora, ó se llegan á poner como piedras sin dar ningun rumor de sí, ó mueren como perros rabiosos, entregados á todos los furores de la desesperacion, sin que haya medio de inspirarles confianza en la divina misericordia. Sus ojos torvos y espantados, su rostro descompuesto, y las contorsiones horribles de todos sus miembros, son otras tantas señales de su final reprobacion.

F.—Pero verdaderamente mueren asi como Vd. dice?

P.—Por lo general, sí: su muerte no es mas que un infierno anticipado. Si alguna excepcion hay de esta regla, es mas funesto aun el espectáculo que presentan.

F.—Eso no lo entiendo: sirvase V. explicarse.

P.—Quiero decirte que los pocos apóstatas que al parecer mueren tranquilos, en realidad son mas desgraciados que los de que acabo de hablarte; pues estos al menos sienten y experimentan la atrocidad del remordimiento, lo cual en cierto modo les abre camino para implorar la misericordia de Dios, y quizás salvarse; mientras

que los otros con su estúpida tranquilidad son como muertos, manifiestan que han perdido enteramente la fé, que son incrédulos y ateos prácticos, que no tienen cuenta ninguna con la otra vida, no piensan para nada en Dios ni en la inmortalidad del alma; y asi es que estos mueren como bestias, es decir, lo mismo que han vivido: para ellos no hay remedio ni esperanza.

F.—Por qué llama V. á estos tales *incrédulos y ateos prácticos*?

P.—Porque en realidad lo son. Y si no, dime: ¿es posible que un cristiano se esté muriendo con tranquilidad cuando sabe que ha ofendido tan gravemente á Dios, y que al presentarse al tribunal eterno, ha de ser condenado por toda la eternidad? Esto no es posible sino en un ateo. Esto es de todo punto imposible: solo un ateo y un incrédulo absoluto, que nada creen, pueden estar asi.

F.—Y hay ejemplos de algunos que á la hora de la muerte se arrepientan del pecado cometido al hacerse protestantes?

P.—Sí; y esto ha sucedido, gracias á Dios, á todos los que no han endurecido enteramente su conciencia, y no han incurrido por su culpa en la

impenitencia final. Cuando estos ven que el mundo se les desaparece, y que llega el instante supremo, entonces se les cae la venda de aquella *profunda convicción* que, decían, les había impulsado á renegar de su fé; conocen el necio engaño en que habían consentido, imponen silencio á sus pasiones, hacen hablar á su razón, se acuerdan de la iglesia que abandonaron, y tratan de reconciliarse con ella y con Dios. ¡Dichosos ellos, en quienes se obran estos triunfos de la divina misericordia!

F.—Por qué, señor Cura, llama V. triunfo de la divina misericordia á la conversión de estos?

P.—Porque las conversiones sinceras, que se obran en el trance de la muerte, son siempre un verdadero milagro, á causa del grande abuso que los culpables han hecho durante su vida de las gracias con que les invitaba Dios al arrepentimiento y reparación de sus escándalos. También lo son, porque en su última hora son no pocos los que por los siempre justos y tremendos juicios de Dios buscan un sacerdote católico y no pueden hallarlo, porque, ó no llega á tiempo, ó le impiden que llegue á la cabecera del enfermo los protestantes que le rodean, como muchas veces ha sucedido. Por último, estas conversiones

á la hora de la muerte se llaman triunfos de la misericordia de Dios, porque con frecuencia la justicia divina castiga á los apóstatas con muerte tan repentina é impensada, que ni aun tiempo les deja para verla llegar. La sagrada Escritura ya lo dice: *Nadie se rie de Dios, ó como vulgarmente decimos, con Dios no se juega.*

F.—¿Se condenan todos los Protestantes?

P.—Se condenan todos los llamados *protestantes formales*, es decir, los que conocen que se hallan fuera de la única Iglesia verdadera, que es la católica, y la combaten, y la calumnian, y tratan de robarle sus hijos: todos estos se condenan sin duda alguna, pues artículo es de fé que *fuera de la Iglesia no hay salvación*. Lo único que puede servir de excusa delante de Dios, es la ignorancia invencible, que estos no tienen.

F.—¿A qué llama V. *ignorancia invencible*?

P.—A ese estado del alma en virtud del cual una persona vive de buena fé, segura de que profesa la verdadera religion cristiana, porque la oye llamar así. Por eso se dice que tienen *ignorancia invencible* los protestantes de buena fé, es decir, los que ninguna sospecha han concebido de la falsedad de su religion, ó mejor dicho secta.

F.—Cree V. que haya muchos de esos protestantes de buena fé?

P.—Dios solo, que es quien penetra el corazon humano, es quien puede saberlo. Pero, si en materia tan árdua es licito aventurar alguna conjetura, yo diria que hay sin duda muchos de estos protestantes de buena fé entre las gentes sencillas y sin letras, como labradores, artesanos y otros semejantes. Pero aun á estos mismos no les basta para salvarse el vivir con buena fé é ignorancia invencible, sino que en todo caso necesitan conocer á lo menos los principales misterio de nuestra santa fé, y creerlos con esperanza y caridad, y con sincero pesar de los pecados que hubieren cometido. Y como nada de esto suelen tener los mas de los infelices pertenecientes á las varias sectas protestantes, de ahi la dificultad de que se salven, aun los mismos que viven con buena fé. A mas de que, como es difícil que on hayan cometido jamás algun pecado mortal, y su desventurada secta les persuade que basta para su perdon creer que les está perdonado, así es que, no cuidando de hacer frutos dignos de penitencia, mueren en pecado mortal, y se condenan. Tristisima es, pues, la situacion de los que tuvie-

ron la desgracia de haber nacido y criarse en el Protestantismo.

F.—Los que pasan de la Iglesia católica al Protestantismo pueden tener esta ignorancia invencible?

P.—Ni por pienso: ¿cómo ha de tener ignorancia invencible con respecto á la Iglesia verdadera el que habiendo sido enseñado y criado por ella, la deja maliciosamente para vender su alma por un pedazo de pan, y traficar con ella, á fin de vivir como impio y desalmado?

F.—Pero de todos modos ¿no podria suceder que alguno se hiciese protestante por *conviccion profunda*, que hubiese formado leyendo la Biblia, ó algun docto escrito de los Protestantes, ó últimamente, movido por cualquier fin honesto?

P.—No, eso no puede suceder á un verdadero católico, el cual sabe por su fé que Dios ha establecido á la Iglesia por maestra infalible de la verdad, y que por lo tanto, hacer traicion á la Iglesia es dejar la verdad á ciencia cierta. Y como contra la verdad no es posible tener verdadera conviccion, siguese de aqui que el apóstata católico no puede tener conviccion ninguna, ni chica ni grande, ni *profunda* ni ligera, ni de ningun modo, ni por razon ninguna. Primeramen-

te no por la *lectura de la Biblia*, pues la Biblia, que es la palabra misma de Dios, verdad esencial, á nadie puede enseñar una verdad contraria á la que enseña la Iglesia; en todo caso el error no seria de la Biblia, sino de quien se metiera á interpretarla sin entenderla, y sin autoridad para explicarla. Además, no por la lectura de ningun *docto escrito protestante*, pues no hay ciencia que valga contra la doctrina de la Iglesia, maestra suprema y fundamento de la verdad; y el que combata esta doctrina, es ignorante ó presuntuoso, ó ambas cosas á un tiempo. Ultimamente, no por un *fin honesto*, porque el católico que reniega de su fé, sabe positivamente que comete un gravísimo pecado y el mas feo de los delitos.

F.—¿Eso quiere decir que el católico que se haga protestante no puede salvarse de manera alguna?

P.—Solo una le queda, y es arrepentirse sinceramente de su apostasia, y abjurar sus errores. Fuera de este caso, *es de fé* que todo católico, que se hace protestante; se condena infaliblemente por toda una eternidad.

F.—¿Dice V., señor Cura, que esto *es de fé*?

P.—Sí, digo que es de fé, como que está es-

presamente revelado así por Dios. Y si no, dime tú: ¿no es de fé que para el que por su culpa muere fuera de la Iglesia no hay salvacion? Eso es indudable. ¿Y los apóstatas no mueren por su culpa fuera de la Iglesia? Indudable tambien, porque nadie los obligaba á apostatar. Luego es de fé que se condenan. Además, ¿no es de fé que se condena el que muere en pecado mortal? Y ¿quién muere mas en pecado mortal, como hemos visto arriba, que los cismáticos y herejes voluntarios? Luego es de fé que se condenan.

F.—Y no le parece á V. eso una máxima de intolerancia cruelísima y agena de la bondad de Dios?

P.—No por cierto: léjos de ser una máxima de intolerancia, no es sino una verdad de fé enteramente conforme á la razon. A no ser ateo, nadie negará que Dios no puede mirar con indiferencia el que se falte al respeto debido á su palabra, y por consiguiente al respeto debido á la única religion verdadera enseñada por él; ni puede tolerar una religion inventada por el capricho y soberbia de los hombres. De lo contrario, vendria Dios á ser protector de la mentira, y premiador de rebeldes, lo cual es tan absurdo, como blasfemo siquiera imaginarlo. La sagrada

Escritura habla muy claro en este punto: *El que no creyere, será condenado.—El que no escuchare á la Iglesia, sea tenido por fénico y publicano.—El que os oye á vosotros, me oye á mí; el que os desprecia á vosotros, á mí me desprecia; y otros testos semejantes.*

F.—Veo que le sobra á V. la razon. Con todo no puedo acabar de persuadirme de que todos los que se hacen protestantes eternamente se condenen; pues al cabo su delito me parece no ser mas que el de tener una *opinion diversa* de la de los Católicos.

P.—Con esa palabra tratan de ocultar su negra impiedad los incrédulos é insensatos que reniegan de su fé. Pero Dios ha dicho lo contrario, como acabas de ver. Qué te parece pues, ¿quién tendrá razon, ellos ó Dios? ¿Cambiará Dios sus decretos eternos porque los apóstatas se formen la ilusion de pensar que no hay delito en *sus opiniones*, para vivir así sin remordimientos? ¿Dejarán por eso de ser sus opiniones verdaderas herejias, como negaciones que son de la fé, y errores perversos contra las verdades reveladas por Dios, y propuestas por la santa madre Iglesia? No hay remedio: ó ser católicos, como Dios manda ó condenarse. ¿Por ventura necesita Dios pa-

ra algo de estos renegados? ¿No ha condenado á muchos otros idólatras é infieles? ¿Qué mas tienen ante Dios unos que otros?

F.—No, no, perdone V., señor Cura, no puedo pasar por eso, que sean iguales ante Dios los infieles paganos y los apóstatas; pues estos al cabo son cristianos y creen en Jesucristo como nosotros, y adoran al mismo Padre como á Dios, invocándole todos los dias cuando rezan el mismo *Padre nuestro* que los Católicos. ¿Cómo, pues, quiere medirlos V. á todos por el mismo rasero?

P.—No solamente les mido por el mismo rasero, sino que digo que los apóstatas son incomparablemente mas culpables que los paganos é infieles, pues estos al fin y al cabo, comparados con los Cristianos, puede decirse que viven en las tinieblas de la ignorancia; pero los católicos apóstatas pecan por pura malicia, que es pecado de demonios, y con fines impiamente interesados. En vano se llaman cristianos, y protestan creer en Jesucristo, pues no saben ni les importa un ardite de este Jesucristo en quien dicen que creen, al propio tiempo que están hollando su palabra, como un hijo que quisiera persuadir que es obediente á su padre al tiempo que está burlándose

Escritura habla muy claro en este punto: *El que no creyere, será condenado.—El que no escuchare á la Iglesia, sea tenido por étnico y publicano.—El que os oye á vosotros, me oye á mí; el que os desprecia á vosotros, á mí me desprecia;* y otros testos semejantes.

F.—Veo que le sobra á V. la razon. Con todo no puedo acabar de persuadirme de que todos los que se hacen protestantes eternamente se condenen; pues al cabo su delito me parece no ser mas que el de tener una *opinion diversa* de la de los Católicos.

P.—Con esa palabra tratan de ocultar su negra impiedad los incrédulos é insensatos que reniegan de su fé. Pero Dios ha dicho lo contrario, como acabas de ver. Qué te parece pues, ¿quién tendrá razon, ellos ó Dios? ¿Cambiará Dios sus decretos eternos porque los apóstatas se formen la ilusion de pensar que no hay delito en *sus opiniones*, para vivir así sin remordimientos? ¿Dejarán por eso de ser sus opiniones verdaderas herejias, como negaciones que son de la fé, y errores perversos contra las verdades reveladas por Dios, y propuestas por la santa madre Iglesia? No hay remedio: ó ser católicos, como Dios manda ó condenarse. ¿Por ventura necesita Dios pa-

ra algo de estos renegados? ¿No ha condenado á muchos otros idólatras é infieles? ¿Qué mas tienen ante Dios unos que otros?

F.—No, no, perdone V., señor Cura, no puedo pasar por eso, que sean iguales ante Dios los infieles paganos y los apóstatas; pues estos al cabo son cristianos y creen en Jesucristo como nosotros, y adoran al mismo Padre como á Dios, invocándole todos los dias cuando rezan el mismo *Padre nuestro* que los Católicos. ¿Cómo, pues, quiere medirlos V. á todos por el mismo rasero?

P.—No solamente les mido por el mismo rasero, sino que digo que los apóstatas son incomparablemente mas culpables que los paganos é infieles, pues estos al fin y al cabo, comparados con los Cristianos, puede decirse que viven en las tinieblas de la ignorancia; pero los católicos apóstatas pecan por pura malicia, que es pecado de demonios, y con fines impiamente interesados. En vano se llaman cristianos, y protestan creer en Jesucristo, pues no saben ni les importa un ardite de este Jesucristo en quien dicen que creen, al propio tiempo que están hollando su palabra, como un hijo que quisiera persuadir que es obediente á su padre al tiempo que está burlándose

de sus mandatos y añade el insulto á la desobediencia. Y lo mismo les pasa cuando llaman Padre á Dios, pues no tienen mas que una idea vaga de Dios, y no piensan en él para cosa ninguna; además que no puede tener á Dios por Padre, quien no tiene á la Iglesia por Madre. Y sobre todo, Jesucristo nos manda tener á estos tales como á *infieles*: luego no los tiene como á *cristianos*.

F.—Pero, en fin, si un católico se hace protestante por creerlo conveniente al bien de su patria, ¿no me dirá V. que este no lleve un fin honesto y plausible?

P.—Aun suponiendo que el bien de la patria exigiese la apostasia (suposición absurda,) ¿habria razon para dar su alma al demonio y perder los bienes eternos por los intereses temporales? Ni ¿cómo concibes tú que un sentimiento tan noble como el amor patrio bien entendido pueda mover á nadie á crimen tan feo como el de la apostasia? No hay apóstata alguno que lo haya hecho por amor patrio: si alguno de ellos lo dice así, es un hipócrita, que quiere cubrir con el manto del patriotismo las perversas intenciones que se ha llevado al renegar de su fé. ¡Bueno estaria el patriotismo de los hijos de España, que ha luchado

ocho siglos por ser católica, que se hicieran protestante! ¡Qué patriotismo echar un germen de discordias sangrientas é implacables en España, y añadir á las muchas causas de disension que ya tenemos la seguridad de una guerra de religion! ¿Qué bienes podria esperar nuestra patria de hombres traidores á su Dios? ¿qué pudieran traernos estos malvados sino desgracias?

F.—Tiene V. mil veces razon, Sr. Cura; pero todavia me queda un escrúpulo. El pecado de apostasia ¿no es lo mismo que cualquier otro pecado?

P.—No, es muy diferente, y es enorme la diferencia que hay entre la apostasia y los demás pecados, por graves que sean. Porque, aunque obran ciertamente mal los fieles cuando pecan, y tan mal que se esponen á condenarse, al fin y al cabo, conservando en su corazon la raiz de la fé, tienen por este solo hecho una prenda anticipada de la divina misericordia, y es seguro que, tan pronto como calme el hervor de las pasiones y entren un poco en reflexion dentro de sí mismos, su fé despertará en ellos el remordimiento, y su alma renacerá á la vida de la gracia, como los árboles que secados por el frio del invierno brotan hermosos y arrojan lozanos sus pimpollos al

sol de la primavera. Su fé los llevará á implorar el perdon de su Dios ofendido; su fé les hará buscar los sacramentos de Penitencia y Eucaristia, que purifican y fortalecen el alma; su fe será, por último, como una lámpara oculta, mas no apagada, en el fondo de su pecho, que alumbrará con todo su brillo á poco que se la descubra. Mas al apóstata ¿qué le queda? Una vez abandonada su fé, por el mismo hecho pierde todos los medios ordinarios de restituirse á la divina gracia, y necesita nada menos que de un milagro extraordinario y espectacular de la misericordia de Dios para volver al camino de la eterna salvacion. Ahora bien, hijo mio, estos milagros son siempre raros, y por eso son tan pocos los apóstatas que se arrepienten, pues la mayor parte de ellos mueren en la impenitencia final y se condenan para siempre,

XVI.

F.—De todo cuanto V. me ha dicho me parece se saca en limpio que es menester cuidar mucho de no dejarse prender en las redes del protestantismo,

P.—Y muy justamente lo sacas. No solo debes guardarte del Protestantismo y de los que tratan de propagarle, sino que debes mirarlos con horror y abominacion.

F.—Qué quiere decir V. con eso?

P.—Que solo al oír hablar de Protestantismo, debes llenarte de espanto, como si se hablasen de una tentativa de asesinato contra tu vida.

F.—Nada menos que eso?

P.—Si no lo haces así, eres perdido.

F.—Esplíquese V.

P.—El Protestantismo y sus fautores son, en punto á religion y moral, lo que la peste y los apesados son á la salud; y del propio modo que la peste, si no se toman grandes precauciones, se comunica con la mayor facilidad, así se inocular el Protestantismo por ser la religion mas comoda del mundo; sin *Credo*, sin Mandamientos, sin Sacramentos, sin ayunos ni abstinencias, sin dependencia ninguna, sin necesidad de buenas obras para salvarse, en una palabra, una religion llana y abonada para favorecer todas las pasiones y mantener la corrupcion nativa de nuestro corazon; veneno que se filtra sin sentirlo, y contra el cual no hay mas remedio que huir de él cuanto se pueda

F.—Pues veo que los Protestantes muy bien nos dan libritos espirituales llenos de unción y de piedad.

P.—Guárdate bien de los tales libritos de los Protestantes, porque son otras tantas imposturas. Bajo el barniz de piedad con que están escritos, se ocultan los textos falsificados de la sagrada Escritura, con los cuales nada más intentan sino promover dudas sobre las verdades de la fé y sobre las prácticas cristianas, haciendo creer que ni unas ni otras han sido enseñadas en la Biblia; como si los Cristianos nada más tuviesen que creer y practicar que lo que dice la Biblia, y no hubiese infinitas cosas enseñadas por Jesucristo que no las trae la Biblia, como la misma Biblia nos lo asegura. Con su acostumbrada hipocresía exaltan la fé, como si bastase por sí sola para salvar, aunque no se acompañe de buenas obras. ¿Quieres una prueba de lo que te digo? pues mira como siempre que te den alguno de esos libros, lo primero que te encargan es, que no se los enseñes á ningun sacerdote. Es decir, que ellos mismos conocen que los tales libritos de devoción que te dan, son veneno puro, pues no quieren que los vean los naturales guardianes y guías de tu conciencia.

F.—¿Y qué he de hacer si me dan alguno de esos libritos?

P.—No tomarlos si te los ofrecen, á menos que quieras hacer lo que unos españoles en Aviñon de Francia, para quemarlos delante de los mismos que se los habian dado en una plaza pública; y si caen en tus manos, arrójalos al fuego sin abrirlos, ó entrégalos á tu párroco ó á tu confesor, que es lo que manda la Iglesia.

F.—¿Debemos aborrecer al Protestantismo y á los Protestantes, ó sea á estos fautores del Protestantismo.

P.—Al Protestantismo debes odiarlo con toda tu alma, aborrecerlo, abominarlo como el mayor de los males; debes, en fin, detestarlo tanto cuanto debes amar tu fé católica. Pero á las personas de los Protestantes ni puedes ni debes odiarlas, porque nos lo prohíbe nuestra santa Religión. Los Cristianos no podemos aborrecer á ningun hombre, porque á todos debemos mirarlos como á prójimos. Ese odio á las personas déjaselo allá á los Protestantes, los cuales prueban bien con sus dichos y hechos cuánto aborrecen á los Católicos. El católico no debe aborrecer en el herege al hereje mismo, sino su error y su pecado. Mas esto no quita que estés

siempre bien prevenido contra los que intenten seducirte, y que procures no juntarte ni tener con ellos trato alguno, del propio modo que lo haces respecto de los ladrones y asesinos.

F.—Con qué, señor Cura, esto quiere decir que aborrezca al error y ame á las personas de los que yerran: ¿no es así?

P.—Exactamente: eso es lo que debes hacer, y así obrarás al revés de los Protestantes, los cuales miran con indiferencia ó con amor los errores, y aborrecen las personas.

F.—¿Y si entre los Protestantes de quienes debo apartarme tengo amigos, compañeros, corresponsales, criados?

P.—No hay amistad ni familiaridad que valgan, cuando se trata de Dios y de nuestra alma. En ese caso debes hacer lo que los antiguos cristianos cuando por necesidad tenían que vivir con los infieles, paganos ó idólatras; pues trataban con ellos lo menos que podían, y solo en lo que era absolutamente necesario; y eso cerrando los oídos á sus profanos y seductores discursos, y por último, consintiendo en ser escarnecidos y despedazados, antes que sucumbir á sus amenazas y seducciones.

F.—¿Y no habrá falta de caridad en practicar lo que V. me aconseja?

P.—Al contrario, ¿no has oído decir que la caridad bien ordenada empieza por sí mismo? Caridad será, y muy grande, que sacrifiques en servicio de tu prójimo tu dinero, tu salud, tu vida, y, en algunos casos, aun tu misma honra; pero tu alma? esta no puedes sacrificársela nunca; y cabalmente tu alma es la que te espondrias á perder, si no te apartabas de los que quisieran hacerte apostatar. A mas de que, es muy posible que, obrando como te aconsejo con los enemigos de tu salvacion, los haga tu misma conducta volver en sí. Esta es la verdad, y los que te dicen lo contrario, no saben qué es caridad, como ni tampoco lo que es fé.

F.—¿Y como es que no lo saben?

P.—Sí, no lo saben; y sino respóndeme: ¿quién sabrá lo que es caridad, Jesucristo, ó esos desdichados que quieren perderte? Mira, pues, cómo habla el divino Redentor en su Escritura de verdad: *Si tu mano ó tu pié te escandalizaren, córtatelo y échalo de ti; si tu ojo te escandalizare, sácatelo y arrojalo de ti*; es decir, si las personas mas queridas para ti, y tan unidas contigo como tu mano, tu pié ó tu ojo, son para ti tropiezo ó

perdicion, de modo que por causa de ellas puedas ponerte en riesgo de condenar tu alma, estás obligado á apartarte de ellas, á echarlas de tu lado, y á considerarlas como á tus mas crueles enemigos.

F.—Está muy bien; mas todavía me queda la duda de si podemos tratar con tanta dureza á nuestros prójimos.

P.—El procurar la salvacion de tu alma ¿es ó no el primero de tus deberes? Para este gran fin, ¿puede ó no servirte de tropiezo, cuando no de obstáculo, el trato con los infieles? Claro está que si: luego no puedes ni debes perder tu alma por amor á otros.

F.—Es verdad: esto me deja convencido.

P.—Aun te diré mas: tú sabes que San Juan Evangelista es llamado por excelencia *el Apóstol de la caridad*; pues bien, oye lo que este dice con respecto á los herejes: *Si algnno se llegare á vosotros, y no profesare esta doctrina (la doctrina cristiana), no lo recibais en vuestra casa, ni aun le dirijais un saludo, pues solo el saludarle será participar de sus malas obras.* ¿Qué te parece? pues lo mismo enseñan los demas apóstoles en sus cartas, y lo mismo practicaron los verdaderos cristianos siguiendo este consejo apostólico, como

nos lo muestra la historia entera de la antigüedad sagrada. Avistándose cierto dia en Roma el hereje Marcion con San Policarpo, discipulo de San Juan, preguntóle: *¿Me conoces?*—*Si*, le respondió el santo anciano, *te conozco por primogénito del diablo.*

F.—Basta, señor Rector; ahora ya sé como componérmelas.

P.—Sí, fija bien en tu memoria estas advertencias, y procura no olvidarlas nunca, profesando un horror sumo contra las máximas que para seducirte enseñan estos perversos, huyendo de ellos como de Satanás, y pidiendo siempre á Dios que aparte de ti á esos apóstatas, corruptores de la fé y de la moral. Aconséjate de tus confesores, procura vivir honesta y cristianamente, como te enseñaron tus padres, procura olvidar todos los desatinos que habias oido, y que tanto turbaron tu paz interior, y Dios será contigo. Al obrar como te he enseñado, acuérdate que no has de hacerlo por odio á ninguna persona, sino para preservarte á ti mismo de todo mal.

XVII.

F.— ¡Ah, señor Cura! permitame que le bese

las manos. ¡Si supiera V. que alivio ha dado V. á mi alma! ¡qué nubes de dudas ha disipado en mi espíritu la brillante luz de la doctrina que V. acaba de comunicarme! Mas para que esta se fije en mi corazón, y no me quede duda de haberlo bien comprendido todo, me ha de permitir V. hacer un resumen de todo.

P.—Enhorabuena; ya te escucho.

F.—Me ha dicho V., si mal no me acuerdo, lo siguiente:

1. Que el Protestantismo, en su origen, fué un acto de rebelion contra la Iglesia de Jesu-eristo.

2. Que esta rebelion fué urdida principalmente por tres apóstatas llenos de vicios y de toda especie de perversidades.

3. Que el Protestantismo no es mas que un conjunto de desatinos y contradicciones, tanto en teoria, como en la práctica: que sus doctrinas se reducen á negar las verdaderas enseñanzas cristianas: que hay en ellas tanta variedad de pensamientos y creencias, cuantas son las cabezas de los Protestantes; y que proclaman dogmas horribles, tan repugnantes al respeto que se debe á Dios, como contrarios á la dignidad humana y á la moral.

4. Que estas doctrinas no han sido abrazadas sino por hombres perversos, ni son propagadas y diseminadas sino por gente sin pudor ni conciencia.

5. Que el Protestantismo ha sido impuesto por fuerza y violentamente á los pueblos, al modo que lo fué el Coran por los turcos á los países que conquistaban. Que donde el Protestantismo no ha sido puesto por fuerza y violentamente, lo ha sido por medio de engaños, de falsedades y calumnias contra la Iglesia católica.

6. Que los Protestantes tienen siempre la tolerancia en los labios y en sus escritos, pero que en su corazón no tienen mas que odio, y crueldad en sus obras; y que por eso en los países donde logran dominar emplean contra los pobres Católicos todo género de tormentos, de injurias y vejaciones, mientras que, donde no han logrado ponerse encima, todo se les vuelve en pedir tolerancia para sus errores y picardias.

7. Que los fautores y propagandistas del Protestantismo no son sino unos malvados corruptores é hipócritas, que nada mas se proponen sino coger en sus redes á la gente sencilla y sin experiencia, á los sujetos conocidos por su mala vida y costumbres, y mas particularmente á los po-

bres jóvenes, á fin de convertirlos en otros tantos desalmados, sin vergüenza y sin freno alguno.

8. Que el fin último de los propagandistas, al emplear estos indignos medios, no es otro sino arrancar la fé del corazón de los pueblos católicos, para convertirlos en rebeldes contra toda especie de autoridad, y poder así apoderarse de ellos. Que á estos fautores y propagandistas se les dá un ardite del Evangelio y de la Religión, pues ellos en nada creen, y lejos de querer el Evangelio, lo que quieren es encenagar á los pueblos en la irreligión, la apostasia, la licencia desenfrenada, en el Comunismo y Socialismo, como la experiencia lo enseña todos los días.

9. Me ha proporcionado V. indicios ciertos para descubrir y conocer á las varias especies que hay de propagandistas y diseminadores del Protestantismo, á fin de que pueda guardarme de ellos, y de las malas artes que emplean para insinuar su diabólica predicación.

10. Me ha demostrado V. con hechos cual es la gente perdida que en todas partes abraza el Protestantismo, así como los males gravísimos que caerían sobre la triste España si llegara á dominar esta perversa raza de apóstatas.

11. Me ha puesto también V. en claro el pe-

cado enorme que bajo todos aspectos comete el que se hace protestante, la angustiosa inquietud, la melancolía, y los crueles remordimientos que llenan la vida de los apóstatas, y la horrorosa muerte que después les espera.

12. Me ha probado V. también hasta la evidencia la condenación segura de estos desdichados, si Dios por un milagro de su gracia no nos ilumina antes de morir; y que apostatar y condenarse para toda una eternidad es una misma cosa.

13. Por último, me ha hecho V. concebir un justísimo horror á este Protestantismo, á este mal llamado *Evanjelio puro*, á esta mal llamada *Reforma*. Ya sé, gracias á Dios y á V., la multitud de males, de oprobios y de crímenes que trae consigo el abjurar la fé católica, y echarse en brazos de la herejía. En una palabra, ha disipado V. todas mis dudas sobre este punto, y quisiera que esta conversación la imprimiese V. para disipar las de otros.

P.—Demos, Federico, infinitas gracias á Dios por el bálsamo que se ha dignado derramar sobre las llagas de tu corazón: yo también te las doy á ti por lo bien que has aprendido mis lecciones. Es posible que un día de buen humor las ponga por escrito, y las haga imprimir. Pero tú procura

no olvidarlas, y con eso tendrás bastante para no dejarte engañar por esos necios é impios propagandistas de ese nuevo cristianismo, que seria la muerte mas ignominiosa de nuestra España. Si alguien te dijere que en estas lecciones te he enseñado algo exajerado ó no verdadero, respóndele con toda seguridad, que cuanto te llevo dicho es menos todavia de lo que real y verdaderamente pasa y ha pasado, hasta el punto de no haber en todo lo dicho un hecho solo que no pueda ser plenamente justificado con pruebas y argumentos irrefragables.

F.—A Dios, señor Cura, hasta otro dia que me hablará V. de la Iglesia católica.

FIN.



INDICE.

DIALOGO—Entre un Párroco y Federico, sargento recientemente licenciado.	5
LECCION I.—Del nombre y del origen del protestantismo	5
LECCION II.—De la naturaleza del protestantismo.	9
LECCION III.—De las doctrinas del protestantismo.	14
LECCION IV.—De los autores y primitivos propagadores del protestantismo	20
LECCION V.—De cómo se estableció el Protestantismo	24
LECCION VI.—De la tolerancia del Protestantismo	52
LECCION VII.—De los actuales propagadores del Protestantismo	58
LECCION VIII.—Del fin que se proponen los propagadores del Protestantismo.	45
LECCION IX.—De las señas que pueden dar á conocer á los fautores y propagadores del Protestantismo	49

LECCION X.—De las malas artes que comun- mente emplean los propagandistas del Protestantismo	64
LECCION XI.—De los que abrazan el Protes- tantismo	72
LECCION XII.—Del delito que cometen los que se hacen protestantes	76
LECCION XIII.—Del remordimiento de con- ciencia que necesariamente tienen los que de católicos se hacen protestantes	85
LECCION XIV.—De la muerte de los apósta- tas	91
LECCION XV.—De la segura condenacion que espera á los apóstatas	97
LECCION XVI.—Del horror con que debe mi- rarse al Protestantismo y á sus fautores	103
LECCION XVII.—Resúmen general	110

FIN DEL INDICE.



20

Arg 405. a. 11.

PROYECTO
 DE
LEY DE ELECCION
 PARA
 REPRESENTANTES DE LA CAMARA
 DE
 DIPUTADOS DE LA NACION.
 Por el Sr. *Arbuz*
Coronel Alfredo M. de Grady
 PARANA.
 Abril 19 de 1856.